

ARTÍCULOS EN LA REVISTA **MERCURIO**

Estos artículos sobre literatura infantil y juvenil fueron publicados en la revista Mercurio, de Sevilla, entre los años 2003 a 2006.

Índice

	<u>Pág.</u>
Al salir del Paraíso.....	4
Andersen	6
Biblioteca joven	8
Alto altanero, gran caballero... ..	10
Cuentos a la orilla del sueño	12
Cuentos de miedo, ¿por qué?.....	14
El año de “platero”.....	16
Cuidado con el quijote	18
De conejos y disparates	20
De las nanas y otros aprendizajes del mar.....	22
Del hueso de una aceituna (o qué será eso de la poesía infantil).....	24
Don quijote y los niños	26
La tarara sí, la tarara no	28
Hija de un dios menor.....	30
El extraño caso de <i>la sirenita</i>	32
La lij y la formación del profesorado	34
Inquieta el futuro de la literatura infantil.....	36
Juguemos con caperucita.....	38
Los adolescentes ¿leen o no leen?.....	40
La terapia de los cuentos	42
La verdad de h. C. Andersen.....	44
La verdadera historia de blancanieves.....	46
La verdadera historia de la bella durmiente... ..	48
La voz interior de la lectura.....	50
Leer en cada clase	52
Libros en libertad	54
Libros para bañarse.....	56
Literatura infantil, algunas claves.....	58
“más cuento que calleja”.....	60
Memorias de un pato diferente.....	62
Memorias del fuego, de la tierra y del cielo..	64
¡“oh, sherezade, qué espléndida es esa historia!”	66

Poesía infantil y España autonómica.....	68
Viajar en el tiempo o en el viento.....	70
Si el mundo fuera una aldea.....	72
Tiempo de jugar.....	74
Tocando el fondo de los cuentos.....	76
Un surtido de invierno.....	78
Versos para despertar.....	80
Versos para jugar.....	82
Cuando yo descubrí la pólvora.....	84
Pasando revista.....	86
Un burro con alma de poeta.....	88
El gato con botas (el primer agente de publicidad).....	92
Ese arte de contar.....	93
Hombre montaña, hombre ratón.....	95
Pinocho en el país de los tontos.....	98

AL SALIR DEL PARAÍSO

En nuestra colección de enigmas de la literatura infantil y juvenil llamada, no es de poca monta saber a quién demonios se le ocurriría meter en el mismo saco las dos edades. La edad del paraíso (infancia) y la edad de la sospecha (adolescencia). Está la primera tan ricamente instalada en la creencia de un tiempo feliz e ilimitado, mientras la segunda se constituye, justamente, a la salida del Edén. Allí donde la espada flamígera impedirá todo retorno.

No toda la industria de esta literatura tiene suficientemente en cuenta que los adolescentes, como que ya no se fían de nada, dan por resuelto su compromiso con la lectura, precisamente por el afán de mantenerlos en el mismo saco donde siguen alborotando los locos bajitos. Más aún, ni siquiera la adolescencia es un hecho continuo, sino que va como a trancos, de sorpresa en dolor, de evasión en desgarró. Hay que distinguir muy mucho entre lo que serían púberes atolondrados (11-13 años), adolescentes taciturnos (14-16) y jovencitos prenúbles (17-18). Chispa más o menos. Ni que decir tiene que en cada uno de esos peldaños se piensa que los del anterior son unos mequetrefes.

Algunos escritores sí que toman en consideración la existencia de estas arenas movedizas. Isabel Allende, por ejemplo. Conocedora, como debe, de que sus apasionantes relatos para adultos suelen gustar mucho también a los jóvenes, parece haberse decidido por retroceder un escalón. *La ciudad de las bestias*, como se llama su última novela, está pensada para ese tramo de turbulencias iniciáticas, en torno a los 15, se diría, pues es la edad que atribuye a su personaje, el joven Alexander Cold. La misma edad que tiene Dick Sand, el personaje de Julio Verne en *Un capitán de quince años*; o Jim Hawkins, el aprendiz de pirata de *La isla del Tesoro*, y varios más de esa pandilla. “Tengo quince años, papá, edad de sobra para que al menos me preguntes mi opinión”, protestará ese Alex, cuando su progenitor se dispone a enviarlo con su abuela neoyorquina (ellos viven en un pueblo idílico de la costa californiana), por problema familiares. Lo malo es que Kate, la abuela, es una excéntrica antropóloga que se dispone a su vez a emprender un viaje por el Amazonas, en busca de La Gran Bestia. Y allá que va el muchacho, que no sale de su desconcierto, de la selva humana de la ciudad de los rascacielos al fragor brasileño más espeso.

Carlo Frabetti es otro de esos escritores conscientes de los escabrosos límites de las edades de paso. Aparte de analista implacable de la realidad político-social (lleva emprendida una larga y excitante batalla dialéctica contra el imperio de Bush en su página web), es también matemático, y con esa compleja personalidad escribe para adolescentes unas historias (tiene ya más de 30) llenas de inquietantes sabores. Utilizando como personaje

conductor de varias a un enano pelirrojo, Ulrico, en esta nueva, *La magia más poderosa*, procede a una divertida desmitificación de algunos cuentos infantiles. Para ello se introduce en la historia de Blancanieves sin ninguna corrección política, al estilo de James Finn Garner, hasta subvertir cualquier orden establecido entre los otros enanos, la bruja, el espejito, el guardabosques y todo lo que se le ponga por delante.

En un tono más amable, Laura Gallego, otra veterana de la literatura juvenil, nos deja en *La leyenda del rey errante* un oportuno recordatorio de la cultura árabe como contenedora de una exquisita sensibilidad literaria. Un príncipe poeta, Walid, descubre que todo el poder de su padre no basta para convertirlo en el mejor autor de casidas del reino.

ANDERSEN

Conmemoramos este año el bicentenario de Hans Christian Andersen, nacido un 2 de abril de 1805. De muy pocos autores se puede decir, como del danés, que consagraron su arte casi en exclusiva a esta modalidad, no muy prestigiada, entonces como ahora, del arte de contar para los niños. Y pensando en los niños. Esto es, no por casualidad ni de rebote de otras andanzas literarias, por más que su alma no era precisamente un puro cristal de inocencias. Las numerosas crueldades de la vida que se cebaron en él lo convirtieron en un personaje hosco para los adultos, implacable fustigador de las hipocresías burguesas, pero, al mismo tiempo, tierno y sensible para con el mundo infantil. Seguramente, por una de esas secretas alquimias del espíritu, sacó de su propia experiencia la imperecedera historia de El Patito Feo. Y hasta es probable que El soldadito de Plomo surgiera de la anécdota de un lejano día de la niñez, cuando la madre, con tal de que el pequeño Hans no se contaminara de catolicismo, lo arrebató de los brazos de un soldadote español que lo había alzado para mostrarle una medalla de la Virgen que llevaba al pecho. A saber si el metal de esa medalla no es el que faltó para hacer la pierna del firme soldadito del cuento.

Por España, precisamente, anduvo el melancólico escritor dos veces. La primera, entre Septiembre y Diciembre de 1862 (por cierto, quejándose mucho del frío que hacía, ¡un danés!), como todo buen viajero romántico, en busca de lo pintoresco. Entró por Gerona (perdón, “*Yirona*”), y salió por Irún. En Málaga, los toros se le hicieron insoportables. En Granada coincidió con la visita de Isabel II y compró coplas de cordel a un ciego. De las costas gaditanas admiró su blanco caserío. En Sevilla dio por hecho que Don Juan Tenorio murió fraile en un convento.

De todo eso, y de muchas más cosas, se habla en el bonito catálogo que ha editado la Asociación Española de Amigos del Libro Infantil y Juvenil, para una exposición itinerante que lleva el patrocinio de dos entidades danesas, y que veremos por aquí.

Pero lo más importante de este autor es cómo combate el paso del tiempo. Cómo “La Sirenita”, “La cerillera”, “Los vestidos nuevos del emperador”, se han convertido en otras tantas parábolas de nuestro mundo: del amor imposible, de la injusticia social, de la vanidad de la política...

A mi entender, la fórmula es sencilla, lo que no quiere decir fácil. Consiste, básicamente, en hacer proporciones adecuadas con relatos tradicionales, vivencias propias, adaptaciones literarias no demasiado empalagosas, y sentido reparador del drama y del conflicto, que no hay por qué esconder a los niños, salvo que queramos que salgan decididamente tontos. Con esas pocas reglas, Andersen construyó una fortaleza literaria

inexpugnable a los desgastes de la moda, los premios, los cenáculos... Buen ejemplo a seguir.

De entre las muchas ediciones que hay en los escaparates, sirviendo a la ocasión (no sirviéndose de ella, como ocurre con muchas temibles “adaptaciones” del Quijote), señalo las completas, en cuatro tomos, de Anaya, de buen gusto para el tacto y la vista, y con sendas ilustraciones de Elena Odriozola, Javier Sáenz, Carmen Segovia y Pablo Auladell, a cual más sugerente. Las introducciones, a cargo de especialistas, son también muy útiles. En un tono algo más ligero y colorista, la selección de Timunmas. Por lo económico y por la introducción, muy documentada, de Alberto Adell, la edición de Alianza Editorial, sello donde podemos encontrar igualmente una buena edición del interesante *Viaje por España*. Este también merece la pena leerlo.

BIBLIOTECA JOVEN

De mi experiencia combinada de profesor y escritor he aprendido algunas cosas. No muchas, aunque las creo fundamentales. Lo digo con cierta pesadumbre, porque han sido fruto de un largo y trabajoso oficio.

Resumiéndolas, una me dice que el sistema educativo no sirve, en sus comunes coordenadas, para sustituir el antiguo objetivo de la **información literaria** por el de la **educación literaria**. Sin embargo, ésta resulta inexcusable, porque es básica en el más amplio proyecto de una educación para la libertad de conciencia. En los adolescentes, no puede hacerse desligada de la turbulencia semiótica del mundo en que viven ni de la peculiar psicología en que naufragan. Dos factores que han acabado produciendo un revoltijo de cosas verdaderamente endiablado.

Empecemos por esa forma de ser de nuestros muchachos y muchachas. Una psicología la suya en la que siguen estando muy presentes, por debajo de las intemperancias propias de la edad, rasgos insólitos y maravillosos, como es una espiritualidad temprana y confusa, un vértigo hacia lo trascendental, una ética -a menudo a la desesperada-, entre justicia y rebeldía; también un erotismo sin tabúes, junto a la necesidad de siempre de un amor total y absoluto. Quizás no se les note, pero ellos siguen vibrando en ese diapasón ingobernable.

En cuanto a la turbulencia semiótica, se compone ésta de la presencia de múltiples lenguajes y canales que antes no existían: la publicidad, el cine, la televisión, el teléfono móvil e internet, éste principalmente. Da la impresión de que, con ellos, todos los conductos de comunicación con la adolescencia están saturados, y que el ruido mediático no les permite escuchar nada. Por lo tanto, no pueden pensar. Pero si esto fuera cierto, si se hubiera cumplido la temprana advertencia de Morris de que el hombre actual sería “víctima del acoso de signos”, ya tendríamos aquí la primera generación de idiotas. Sin embargo, no es esto lo que ocurre. Nuestros adolescentes no son estúpidos (aunque a menudo estemos necesitados de creerlo). Simplemente viven en un mundo distinto.

Lejos de lamentarnos, hemos de aprender lo que todo eso significa y sacar consecuencias prácticas para nuestro objetivo fundamental: esa **educación literaria** como instrumento básico. ¿Y por qué? Sencillamente porque la literatura es el principal sistema intercambiador de signos, con el que entender y actuar en ese complicado mundo de modo más consciente y más personal. La lectura, por tanto, actúa en ese contexto diabólico de nuestro tiempo como un centro de gravedad de la comunicación, un lugar donde pararse a pensar y a ordenar un poquito las cosas. Por la fuerza de la palabra profunda en el reposo del lector.

Alianza Editorial ha puesto en marcha un proyecto, denominado “Biblioteca Media”, que trata de cubrir ese objetivo, en su ambiciosa

complejidad. Entre los primeros títulos, *La apuesta de Pascal*, del escritor sevillano Eliacer Cansino, ya ducho en estas lides de la adolescencia y los libros.

Se trata aquí de dar forma narrativa a una de aquellas preocupaciones fundamentales de los adolescentes, la que gira alrededor de lo trascendental y, dentro de esto, de la existencia, o no existencia, de Dios. Pero convertir este problema en un relato de intriga no es lo mismo que formular un tratado de preguntas, como podría haberlo hecho precisamente el profesor de Filosofía de Instituto que es el autor. Ha preferido una novela que no se puede dejar de leer desde la primera página.

En un empeño semejante, acaba de salir el II Premio Anaya de Literatura Juvenil, *Cielo abajo*. Una interesante novela de Fernando Marías, que sitúa a un adolescente enamorado, que sueña con ser aviador, precisamente en la turbulencia trágica de nuestra Guerra Civil, en el Madrid bombardeado por la aviación fascista.

Y en el mismo concierto, como si se hubieran puesto previamente de acuerdo, Kalandraka nos sorprende una vez más, esta vez con *La historia de Erika*, un album de excelente factura, y no para niños, sino para jóvenes, a los que llevar el estremecimiento de la historia de una muchacha judía a la que su madre arrojó desde un tren, para salvarla del campo de concentración.

No se engañe nadie, no. Nuestros adolescentes no tienen nada de imbéciles.

ALTO ALTANERO, GRAN CABALLERO...

Un poco como continuación del artículo del mes pasado, nos centraremos hoy en uno de los géneros mayores de la lírica de tradición popular: la adivinanza. De siempre se ha visto en este ingenioso artificio de la intriga rimada uno de los más firmes instrumentos para el aprendizaje de la poesía, y así lo vienen aplicando los maestros, siguiendo simplemente lo que dicta esa pedagogía natural del folclore, a la que nos venimos refiriendo también. Los autores del *Adivinancero antológico español*, José Luis Gárfer y Concha Fernández, resumen muy bien las cualidades formativas de este género cuando dicen: “Nuestra adivinanza popular limita al norte con la función poética y lúdica del lenguaje; al sur, con la metáfora, alegoría, dilogía y demás recursos literarios; al este, con la apasionante mezcla de elementos orientadores y desorientadores, y al oeste con el entorno sociolingüístico”. Si un niño de nuestros días no ha visto nunca corretear a un gallo detrás de las gallinas (lo que resulta cada día más probable), le será sumamente instructiva la adivinanza que lo define como “Alto altanero, gran caballero, capa de oro, espuelas de acero”. Y si se trata del Gallo Kirico, por más señas, comprenderá mucho mejor la petulancia inútil con la que este personaje se comporta.

Gianni Rodari explica la fascinación poética que ejercen las adivinanzas sobre el niño “porque representan de forma concentrada, casi emblemática, su experiencia de conquista de la realidad. Para un niño el mundo está lleno de objetos misteriosos, de acontecimientos incomprensibles, de figuras indescifrables”. Por último, Pedro Cerrillo, uno de nuestros más importantes estudiosos del género en estos días, asegura que “como manifestación literaria popular es un bien patrimonial que, a diferencia de otras manifestaciones de transmisión oral, no se encuentra en un proceso de desaparición tan acelerado”. De todos modos, recomienda no bajar la guardia.

Como si siguieran esa consigna, varias editoriales españolas se han venido ocupando en estos últimos tiempos de ofrecer libros de adivinanzas para uso escolar, al objeto de que no se pierda esa buena costumbre pedagógica, que se puede seguir también en casa, si los padres no guardan en su deteriorada memoria un repertorio del que tirar. El propio Cerrillo nos entregó no hace mucho *Adivina qué soy*, (ilustraciones de Mikel Valverde), con destino a los más pequeños y propósitos actualizados: “Va caminando despacio, comiendo solo hierba. Lee bien el primer verso, porque su nombre encierra”. (Las soluciones se ofrecen a vuelta de página, con lo que se da espacio a pensar). Más reciente es *Oro parece*, del malagueño Antonio A. Gómez Yebra y Violeta Monreal, en formato album y con gran despliegue tipográfico. Útil la clasificación por centros de interés (familia, campo, ciudad, noche, colegio, parque...), aunque aquella

pedagogía natural de la que hablábamos más bien se inclinaba por imitar el caos de la mente infantil, proponiendo acertijos de cualquier cosa y por cualquier motivo. Y como en todo proceso de aprendizaje folclórico, en la seguridad de que era la mente del destinatario la que acabaría acomodando lo aprendido como bien pudiera.

Nuestra tercera recomendación de hoy ya es un libro netamente andaluz: *Debajo del puente (Adivinanzas tradicionales recogidas en el Campo de Gibraltar)* de Juan Ignacio Pérez y Ana María Martínez. Aquí no van ilustraciones porque se trata de un volumen de características etnográficas, y por tanto hábil para distintos usos, incluido el más pícaro: “Con el pico pica, con el culo aprieta, y con lo que le cuelga tapa la grieta”. (No sean mal pensados, es la aguja). “Acertajón, acertajeta, ¿qué tiene el rey en la bragueta?” (Aquí sí: dos balas y una escopeta).

CUENTOS A LA ORILLA DEL SUEÑO

De vieja estirpe es la amistad de los cuentos con la noche. Casi desde que existen, una muchedumbre de historias pueblan los espacios indecisos del que se dispone a dormir. Como si la mente necesitara de esos desvaríos para entrar en comunión con las otras verdades, las que se ocultan en el tejido sutil del inconsciente, las que apremian al alma desde una oscura raíz. Casi incontables cuentos componen el libro más maravilloso que existe, *Las mil y una noches*, por desgracia hoy prohibido en bastantes países árabes, que lo consideran inmoral (¡). Otros muchos se habrán perdido para siempre en el incendio de la biblioteca de Bagdad, de donde, por cierto, procedía Simbad el Marino. Al hilo de este lamento, Alberto Manguel, especialista en derroteros increíbles del libro y la lectura, dice: “Hemos perdido colecciones enteras de historias similares al *Kalila y Dimna*, que en el siglo X el célebre Ben al Nadim llamó “cuentos de la noche”, porque no era aconsejable derrochar las horas del día en leer cosas triviales”.

¿Será esta la razón de aquella alianza entre el cuento y la noche? Me parece demasiado utilitaria para ser cierta. Pongamos que falta un tercer elemento: el afecto, la voz viva del corazón. Pues no hay buen cuento en esa orilla del sueño que no sea transportado por la palabra de la madre, del padre, de la abuela, del abuelo. Aunque sean leídos, es la vibración oral lo que trasciende de la vigilia al secreto de la noche.

De ahí que muchos padres, acuciados hoy por las prisas, por los sinsabores del día, pregunten al librero amigo, buscando ese bálsamo inefable con que restañar la sequedad de lo cotidiano, la incomunicación con los hijos que impone nuestro retorcido mundo. Por favor, dicen, un libro de cuentos para leer a mi hijo, a mi hija, junto a la cama; pero que no sean muy largos, y que tengan algunas imágenes. Aunque yerren, creo, en lo secundario (el que sean cortos se debe más a sus prisas que a la necesidad que sienten los niños; y el que tengan imágenes, ilustraciones, es un aderezo no imprescindible a esa hora), aciertan en lo principal: un cuento, o muchos cuentos, para recuperar ese momento mágico, para hacerse cómplices, con sus hijos, de las imprescindibles batallas de la imaginación.

Sabedoras de todo eso, algunas editoriales lanzan al mercado productos afinados a esa demanda. En la trayectoria de una colección ya “clásica”, *Cuéntame un cuento*, la editorial Timun Mas nos ha entregado recientemente *Cuentos para ir a dormir*, de Debi Gliori, nuevas versiones de cuentos muy conocidos, como “El león y el ratón”, “Los tres cerditos”, “La ratita de ciudad y la ratita de campo”, etc., con brevedad y buen gusto. Destino nos ofrece *Cuentos para irse a la cama*, de la inglesa Enid Blyton, con muchos animales, al parecer en respuesta a la falta que tuvo de ellos la

autora cuando niña. Hasta sesenta historias amables con las que dejarse llevar cómodamente al interior de los buenos sueños. Con estricta fidelidad a la fórmula, Bruño ha puesto en circulación variados productos como *El zoo de las letras* o *Cada noche un cuento*. A finales del año pasado sacó *Cuentos cortos para dormir*, colección de treinta minihistorias de Beatriz Doumerc y Pedro M^a García Franco, ilustraciones muy expansivas de Tría 3 (Horacio Elena, Mabel Piérola y Frances Rovira).

De todos modos, y como siempre les recomiendo, lo mejor para ese momento tan delicado es aprenderse los cuentos y contarlos de viva voz. Sus hijos, sus nietos, no lo olvidarán, y es lo que realmente desean.

CUENTOS DE MIEDO, ¿POR QUÉ?

Una de las cuestiones más inquietantes y misteriosas de la psicología infantil es por qué a ellos, a los niños, les gustan tanto los cuentos de miedo. O por lo menos les fascinan. Y como correlato, la inquietud que ello produce en padres y educadores, que se sienten inermes por completo ante algo que no entienden ni controlan. Las pedagogías racionalistas, en general, creen resolver el problema por la vía más fácil: apartando esas historias del camino de los niños. Vana pretensión. Por uno u otro resquicio, las historias de miedo les saldrán al encuentro, y ellos tan espeluznados y felices.

Fernando Savater tiene una conferencia sobre la cuestión genérica de las historias de miedo, que aborda el asunto desde la incertidumbre vital del individuo. Dice, entre otras cosas, que “cuando se siente miedo es cuando uno se siente vivo”, que el miedo es “una señal de alarma, a ser ignorados, a que nos persigan, a ser destruidos”, además del “placer del subidón que da el peligro”. Y para ilustrar su teoría, formula esta imagen tremenda: “Nadie se duerme camino del patíbulo”.

Por mi parte, siempre he creído que los cuentos de miedo de tradición oral (que existen en todas las culturas, será por algo) deben su protagonismo en la tertulia campesina a una cuestión más grupal que individual: sentir la protección del grupo, y su pertenencia al mismo, en el momento en que se comparte el miedo. Hay que añadir que en la mayoría de esas tremebundas historias (¡Ay, mamáíta mía, quién será!) subsisten vestigios de antiguos rituales de difuntos, de culto a los antepasados, como única religión que fue y es verdadera para numerosos pueblos. O lo que es lo mismo, que el tránsito narrativo entre este mundo y el otro nos asegura una familiaridad con los límites, y es un principio básico de igualitarismo social; cosa que no proporcionan las religiones históricas, que utilizan el miedo a la muerte como fuente de dominio de las castas sacerdotales sobre la gente común.

Varias historias de miedo, actuales por una u otra razón, traemos hoy a nuestro comentario: Los “Cuentos de miedo”, de Adgar Allan Poe (1809-1849), en una nueva y excelente edición de Susaeta, ilustrada por Nivio López Vigil, y con traducción de lujo de Julio Cortázar. Coincide esta reedición con un interesante debate suscitado días atrás en algunos medios de comunicación, a propósito de un musical sobre Poe estrenado en Barcelona, dirigido por Joan Lluís Bozzo. (Se puede seguir la polémica sobre la calidad literaria del escritor norteamericano, su tormentosa y desdichada existencia en El País, 7.10.02). En todo caso, conviene no olvidar que Poe se inició en los cuentos de miedo a través de las tenebrosas historias de nodrizas negras. No recomendable para niños, por su crudeza,

pero sí para adolescentes, por los torbellinos románticos que desata, entre otras razones.

Los otros dos libros sí son infantiles, y muy recomendables para combatir el miedo, tratándolo familiarmente, y despertar la solidaridad (los mismos principios que hemos esbozado antes, referidos a la vieja tradición oral): “Una pesadilla en mi armario”, de Mercer Mayer; y “El túnel”, de Anthony Browne. Los dos sirvieron el pasado día 12 de octubre para una inolvidable actuación de Paco Abril en la sala Chicarreros, con risa catártica a raudales. ¿Quién dijo miedo?

EL AÑO DE “PLATERO”

No bien se acaban los ecos del año del Quijote y de Andersen, nos aprestamos a celebrar otra fiesta literaria, de esas que la Diosa Fortuna depara haciendo girar la rueda de sus caprichos: el cincuentenario de la concesión del Premio Nobel a Juan Ramón Jiménez. Por lo que a la literatura infantil se refiere, será el año de *Platero y Yo*. Ya es arduo atribuir al idílico libro del poeta de Moguer la condición de infantil, cuando generaciones enteras de maestros han tropezado con dificultades nada desdeñables a la hora de hacer de él un libro feliz para los niños. El propio Juan Ramón, que amaba a la infancia tanto como a la poesía, se adelantó a estos previsibles tropiezos en un “Prologuillo” que, por su enjundia y concisión, reproducimos entero en esta misma página. (Léase preferiblemente antes de proseguir con este otro discurso).

Se podrían resumir las advertencias del autor en que no hay propiamente literatura para niños, sino que los niños, “con excepciones que a todos se le ocurren”) pueden acceder a los libros para adultos, con algunas ayudas pedagógicas, que el buen maestro sabe aplicar, añadamos nosotros. Inversamente dicho, y con palabras de C.S. Lewis, “literatura infantil es aquella que también gusta a los niños”.

El quid de la cuestión está, como de costumbre, en qué clase de recursos pedagógicos, o didácticos, aplicar a un libro tan sutil sin que se venga abajo su delicada arquitectura. El propio Juan Ramón nos lo parece indicar cuando exclama: “Isla de gracia, de frescura y de dicha, edad de oro de los niños [...]! Lo que traducido a nuestro propósito más bien se tornaría en una recomendación general a no forzar la lectura de *Platero y yo* con andaderas gramaticales, histórico-biográficas, o con ediciones recortadas, “adaptadas”. Pues todo ello con seguridad que acabará aniquilando la gracia, la frescura y la dicha que posee el libro como un don inefable. Un don que acaso sólo permitirá ser contagiado, con una buena lectura en voz alta, con un recrear los trances de la anécdota por medio del teatro, el dibujo, la buena música acompañante... O lo que es igual, que la lectura de cada capítulo sea un acto creador en sí mismo. Hermosa, aunque difícil, tarea.

Despiece

“Suele creerse que yo escribí “Platero y yo” para los niños, que es un libro para niños.

No. En 1913, “La lectura”, que sabía que yo estaba con ese niño, me pidió que adelantase un conjunto de sus páginas más idílicas para su

“Biblioteca Juventud”. Entonces, alterando la idea momentáneamente, escribí este prólogo: “ADVERTENCIA A LOS HOMBRES QUE LEAN ESTE LIBRO PARA NIÑOS: Este breve libro, en donde la alegría y la pena son gemelas, cual las orejas de Platero, estaba escrito para... ¿qué sé yo para quién!... para quien escribimos los poetas líricos... Ahora que va a los niños, no le quito ni le pongo una coma. ¡Qué bien!

“Dondequiera que haya niños –dice Novalis- existe una edad de oro”
Pues por esa edad de oro, que es como una isla espiritual caída del cielo, anda el corazón del poeta, y se encuentra allí tan a su gusto, que su mejor deseo sería no tener que abandonarla nunca.

¡Isla de gracia, de frescura y de dicha, edad de oro de los niños; siempre te hallé yo en mi vida, mar de duelo; y que tu brisa me dé su lira, alta y, a veces, sin sentido, igual que el trino de la alondra en el sol blanco del amanecer!

Yo nunca he escrito ni escribiré nada para niños, porque creo que el niño puede leer los libros que lee el hombre, con determinadas excepciones que a todos se le ocurren. También habrá excepciones para hombres y para mujeres, etc.”

CUIDADO CON EL QUIJOTE

En el número de marzo de esta revista publiqué un artículo, de carácter más bien preventivo, sobre la que se nos venía encima con esto del centenario del Quijote, en materia de adaptaciones infantiles y juveniles; sobre los muchos peligros que entrañaba una ocasión tan sonada, y que en síntesis eran, y son: minimizar, infantilizar, ridiculizar o distorsionar la novela de Cervantes. Ya entonces me costó trabajo espulgar en las librerías algo que mereciera la pena y que no hubiera incurrido en algunos de esos riesgos, o en varios a la vez. Pero es que conforme se acerca el suceso, van llegando al mercado algunas versiones y adaptaciones, que empeoran lo ya visto.

Convendrá recordar, como cuestión previa, que el Quijote es un libro hoy no fácil de leer, a causa del paso del tiempo sobre su lenguaje. Ello no impide que, cuando se logra entrar en él, sea también uno de los textos más divertidos y jugosos con los que puede uno toparse, también hoy. La tentación de convertirlo en lectura para niños procede de esto último, de lo entretenido, pero no diluye el primer condicionante, lo dificultoso de su lectura. Eso, por no entrar en materias más complejas, como la ideología o la visión del mundo, nada sencillas tampoco, que transpira el libro. De todo ello se deriva que las mutilaciones, la adaptaciones, y los atrevimientos varios con que editores sin escrúpulos están inundando los escaparates, configuran un panorama inquietante, al que no hay más remedio que hacer frente.

Empezaré por descalificar todas las reescrituras de la novela que ya circulan. Es decir, todos los textos escritos *ex novo*, con lenguaje actual, sobre las anécdotas, el argumento de la obra cervantina. Un empeño que sólo un escritor de la misma talla que Cervantes podría acometer, y no es obviamente el caso. Pero es que, incluso dentro de esa temeridad, hay grados. Sólo me voy a detener en uno, que me ha parecido especialmente recusable: la adaptación que ha hecho Anna Obiols para Lumen, titulada *Las aventuras de Don Quijote*. Trátase de un álbum muy costeadado –eso siempre, que se vea que hay recursos gráficos, para impactar-, con el que la editorial catalana pretende iniciar a los más pequeños en las peripecias del ingenioso hidalgo, con un lenguaje más que discutible a ese propósito (“¡Por mis barbas si no cuidan sólo de su rebaño de ovejas”!, exclama Sancho, por ejemplo, de manera apenas comprensible), pero principalmente con observaciones de lo más chocante: “Nuestros héroes llegaron a la conocida Sierra Morena”; “quiso imitar a Amadís de Gaula, quien se retiró a enloquecer, llorar y hacer penitencia”. A consecuencia de esto último, Don Quijote “se desnudó y empezó a saltar, bailar y hacer volteretas”. Lo de “hacer volteretas” sin duda es culpa de la traductora, Carla Palacio, que en otro momento también fusila el castellano: “dio las culpas a un

encantador”. El resultado, en fin, es un puro y simple disparate, una caricatura grotesca, donde ni siquiera se ha cuidado la edición, pues el texto informativo que aparece en las guardas finales está escrito para el principio. Claro que todo acaba teniendo explicación en la contracubierta, donde se asegura, -agárrense-: “Hace muchísimos años, un escritor de segunda, Miguel de Cervantes (...)” Menos mal que ni siquiera el oportunismo ha salvado al editor catalán de decir lo que realmente piensa del mejor escritor de la literatura castellana.

Así las cosas, me permito recomendarles que tengan mucho cuidado con lo que le compran a sus hijos y a sus alumnos, con esto de la efemérides del Quijote, no sea que hagan el ídem sin darse cuenta.

Pero como esta página es de recomendaciones, ahí van dos que sí me parecen razonables:

-*Don Quijote de la Mancha*, ed. Grafalcos, Madrid, 1998. Buena la selección de capítulos. Algo más discutible la adaptación, por simple reducción de texto. Las notas, aunque mínimas, claras. (Deberían estar a pie de página y no al final de capítulo). Las ilustraciones de A. Albarrán, tipo cómics, muy expresivas y sin pretensiones.

-*Don Quijote de la Mancha*, ed. Vicens Vives, Barcelona, 2004. La adaptación es de Eduardo Alonso, algo más extensas que las del libro anterior y con el mismo criterio: acortar y modernizar. Las notas, éstas sí al pie, resultan cómodas y ayudan mucho. Las ilustraciones de Víctor G. Ambrús, van en estilo más moderno, pero muy expresivas también.

Y repito, cuidado con el Quijote.

DE CONEJOS Y DISPARATES

Explorar los laberintos subterráneos de la conciencia ha sido tentación del hombre desde que es hombre. Para ello se ha valido de los más sagaces artificios, como la antigua onirológia, que dio cuenta de los sueños de José en la Biblia, entre otros muchos casos. Chamanes y arúspices de toda laya han abordado la arcana cuestión de múltiples maneras, hasta llegar a la psiquiatría moderna. La fantasía popular, como de costumbre, no iba a ser menos. En realidad, iba a ser más, pues ha aportado elementos muy tenaces al imaginario colectivo. Uno de ellos, el conejo. Pero no cualquier conejo, sino casi siempre uno muy blanco que se escurre hacia el mundo inferior.

En la tradición hispánica, el relato folclórico más contundente referido a esta materia es *Los siete conejos blancos*, en la versión de José A. Sánchez Pérez, publicada en 1942, que yo llevé tal cual a los *Cuentos al amor de la lumbre*. En él se da cuenta de una rueda de siete conejos blancos que consigue atraer la atención de una princesa hasta un palacio encantado que está bajo tierra. Se trata sin duda del palacio encantado del amor. Más tarde recogí otra versión oral del mismo cuento, que publiqué como *El conejo verde*. (El verde es también un color privilegiado para toda suerte de animales con los que una princesa entabla relaciones secretas, como la rana o el lagarto, a espaldas de los convencionalismos, como por ejemplo la boda obligada).

Es seguro que a Lewis Carrol se le escapó también de la imaginación un conejo blanco sacado de las tradiciones folclóricas inglesas, y que ese fue el origen de *Alicia*. El cúmulo de disparates en que ésta se ve envuelta no trata sino de expresar la secuencia dislocada de un sueño, en busca de un laberíntico sentido. Desde entonces, de la chistera de la fantasía literaria han salido incontables conejos. Pero todos, de una forma u otra, se deben a la imagen primordial del conejo huidizo del folclore. Tal vez muchos escritores no lo saben. Pero eso no hace sino añadirle un gramo más de aliciente a este discurso contra la locura del mundo superior, el mundo de lo siempre ordenado y asfixiante.

Acaba de publicarse una nueva versión de *El conejo blanco*, ilustrado por Óscar Villán y con texto de Xosé Ballesteros, adaptación también de un viejo cuento popular (La cabra cabresa, o El Tragaldabas), ahora para acercar a la lectura a niños con necesidades educativas especiales. Se han incorporado iconos muy sugestivos, que seguro agradecerán los maestros de estas ramas heroicas de la enseñanza.

Igualmente reciente es *Perico, qué hora es*, de Beatrix Potter, donde también el conejo juega un papel clave en torno a una cuestión capital en el antecedente de *Alicia*: la hora. Es precisamente la angustia de llegar tarde que transmite aquel conejo lo que dispara hacia el disparate la narración de Carrol, y lo que más cuesta transmitir a los niños, por cuanto

la conciencia del tiempo es lo que verdaderamente les arranca del Paraíso. Mas como ésta es cuestión inevitable, mejor que la aprendan de una manera suave y aparentemente loca, o sea, como un juego.

Y aunque no reciente, sigue reeditándose *Niña Bonita*, el delicioso relato de Ana M^a Machado que tiene por motor las relaciones entre un conejo blanco y una conejita negra, esta vez en busca del sentido de la belleza, más allá del racismo y de todos los demás estorbos ideológicos que pretenden dividirnos el mundo en parcelas irreconciliables. Con todo ello, bien claro queda, en fin, que el mayor disparate de todos es el de las ideologías y las doctrinas. Véase, si no, el 11-M.

DE LAS NANAS Y OTROS APRENDIZAJES DEL MAR

Un 13 de diciembre de 1928, Federico García Lorca pronunció en la Residencia de Estudiantes la que creo fue mejor de sus conferencias, sobre las nanas o canciones de cuna de toda España, y aun de otros países europeos. Sin el más mínimo alarde de erudición, pero con un conocimiento profundo de lo que se traía entre manos, recorrió los cuatro puntos cardinales, los cuatro compases primordiales de que está hecho este canto, sabedor, como poeta, de su porqué. “Por las calles más puras del pueblo me encontraréis, por el aire viajero y la luz tendida de las melodías que Rodrigo Caro llamó “reverendas madres de todos los cantares”, buscando “la melodía latente, estructurada con sus centros nerviosos y sus ramitos de sangre” [...] “Hace unos años, paseando por las inmediaciones de Granada, oí cantar a una mujer del pueblo mientras dormía a su niño. Siempre había notado la aguda tristeza de las canciones de cuna de nuestro país”.

Se empeñó Federico aquella tarde en sortear la evidencia de ese acento triste de las nanas españolas: “No crean ustedes que vengo a hablar de la España negra, la España trágica, etc., tópico demasiado manoseado y sin eficacia literaria *por ahora*.” El subrayado es mío. Siempre me llamó la atención este “por ahora”. Pero hay que fijarse en la fecha, 1928, y en los vislumbres de tragedia que ya se asomaban, sin la menor duda, al corazón del poeta granadino. Por eso no pudo evitar que su conferencia fuera triste, a pesar de él mismo, sabiendo que “son las pobres mujeres las que dan a sus hijos este pan melancólico [de las nanas] y son ellas las que los llevan a las casas ricas”. Aquí está brillando como nunca el pensamiento social lorquiano, a saber, de cómo el folclore es un discurso imprescindible para todos, que las mujeres pobres conservan gratis para entretener a las hijos de las mujeres ricas. Así el texto más básico “Duérmete, mi niño, / que tengo que hacer, / lavarte la ropa, / ponerme a coser”, permitirá la eclosión surrealista de “A la nana, nana, nana, / a la nanita de aquel / que llevó el caballo al agua / y lo dejó sin beber”, que Lorca recogió en seis versiones, sólo en Granada.

Pero los tiempos cambian, y España es otra y bien distinta, pese a los fabricantes del miedo retrospectivo, que hoy se empeñan en ocupar las calles contra las leyes democráticas. Allá ellos. En ese ambiente, donde crece por cierto una nueva flor de la pedagogía, a saber, que la educación infantil empieza al minuto siguiente de nacer, los editores de hoy aportan materiales para ocupar esa etapa de la formación lúdico-poética del niño. Uno de ellos es el *Libro de nanas* editado por Media Vaca, con letras de autores cultos (“Las nanas de la cebolla”, de Miguel Hernández; las de Gabriela Mistral, Gloria Fuertes y Víctor Jara), y nanas populares como las

recogidas por Lorca y otras, como “Duerme, duerme negrito, / que tu mama está en el campo, / negrito...”, con ilustraciones melancólicas y tirando a surrealistas de Noemí Villamuza. En este libro se renueva nuestra impresión, que aquí hemos descrito otras veces, de que las nanas son tan necesarias como que prolongan la sensación oceánica en la psique del niño, de estar siendo mecido todavía en las entrañas del agua materna. Justo lo que Federico llamó, de forma intuitiva, la “melodía latente”.

De modo y manera, y quizás por eso, que el verano se torna irresistible para los niños en lo que concierne al mar, al ir y venir de las olas..., ya me entienden. Y es momento feliz para el reencuentro de la familia toda, en torno a los castillos de arena, y a los juegos de aprendizaje que muchas editoriales difunden estos meses. De ellos, elegimos varios casi al azar. Aprovechenlos. Felices vacaciones.

DEL HUESO DE UNA ACEITUNA (O qué será eso de la poesía infantil)

A finales de Noviembre tuvo lugar en Madrid el VII Simposio de Literatura Infantil y Lectura. Este año, el encuentro organizado por la Fundación Germán Sánchez Ruipérez estuvo dedicado a los valores de la literatura oral en la formación del niño-lector y, dentro de eso, a la educación lírica. Eterna asignatura pendiente, hueso duro de roer para la misma escuela y no digamos para las editoriales. Acaso porque, al igual que el de la aceituna, es hueso germinal y, por lo tanto, impenetrable; que sólo prende como árbol verde de la vida y rechaza los habituales didactismos.

Sin embargo, ¿es del todo imposible sacar de él el tintero de la copla, y del tintero la pluma y de la pluma el palillero? ¿Será inútil pretensión que el niño de hoy regrese a las dulces melopeas tradicionales y, a partir de ahí, escriba y se recree, memorice y aprenda los latidos del ritmo, invente coplas nuevas, salga al patio de recreo a entrenarse en el disparate cantado, y de la mano de sus profesores alcance la primera catarsis, el consuelo de su vida? ¿Por qué no? ¿Hemos intentado en serio jugar con ellos a ser poetas? Tal vez todo consista en cambiar los modelos de aprendizajes de la poesía, empezando por situarla en el corazón de la educación lingüística, como un fin en sí misma, y no como medio para llegar a nada. Eso sí, hay que poseer una previa convicción: la poesía es necesaria como el pan de cada día, y desde el primer día. Desde que la madre empieza a leer el cuerpo del niño con cosquillas, pellizcos, palmitas... y el niño toma conciencia de que el mundo es un maravilloso sinsentido, pero rítmico.

Pues así, encerrados con este magnífico juguete, estuvimos tres días en Madrid escuchando a locos insignes como Manuel Rivas, Felicidad Orquín, Paco Abril, Montserrat del Amo, Miquel Desclot, Juan Cruz Iguerabide, Gloria Sánchez, Pedro Cerrillo, Lola González Gil, Antonio García Teijeiro, Antonio Ventura, Víctor Moreno, Ana Pelegrín, Teresa Colomer, Jaime García Padrino, Antonio Gómez Yebra, José María Gutiérrez, José M. Plaza, María Cecilia Silva, Gabriel Janer, Federico Martín Nebrás, Benjamín Prado... Todos empeñados, cada cual a su estilo, en que esa aventura es posible. Que hay que anudar con el espíritu libre de la II República, cortado en seco por la Guerra Civil, con Lorca, con Alberti, con el postismo, con Carlos Edmundo de Ory, con la primera Gloria Fuertes, y recuperar las buenas antologías de poesías para niños, como las de Arturo Medina (*El silbo del aire*), Bonifacio Gil (*Cancionero infantil*) o Ana Pelegrín (*Poesía española para niños*). Y a partir de ahí, innovar, innovar siempre.

Por eso recibimos hoy encantados tres nuevos libros de poesía infantil. Uno, que reactiva la tradición, y otros dos nuevos por completo. El

primero, *La mierlita*, (diminutivo de mirla), es una adaptación de un cuentecillo rimado tradicional, realizada por Antonio Rubio, con ilustraciones de Isidro Ferrer, sobre una versión oral de Clara Nebras, aportada por Federico, de La Vera de Plasencia. La acostumbrada calidad gráfica de Kalandraka pone el resto. Los otros dos son de dos poetisas andaluzas: *El abecedario de Julieta*, de Rosa Díaz, que se estrena en este difícil mundo con muy buenas maneras, desenfado y modernidad, y *Unos animales muy originales*, de Carmen Gil Martínez, (dibujos de Natalia Reswik), en la colección Caracol, que dirige Antonio Gómez Yebra desde la Diputación de Málaga.

DON QUIJOTE Y LOS NIÑOS

Dos magníficas exposiciones sobre el Quijote estimulan estos días nuestro deambular por la ciudad de la gracia, antes de que se ponga obligatoriamente estupenda. Las dos son complementarias. Una está en la Fundación José Manuel Lara y otra en el Museo de Pintura. Con ambas aumenta, provisionalmente, ese recorrido cervantino del que Sevilla se enorgullece (con lo mal que lo pasó aquí don Miguel), azulejo por aquí, rincón por allá, remembranzas de este o aquel episodio salido del descomunal ingenio, con los que el inmortal nos quiso hacer inmortales. Debería ser, pues, de obligada peregrinación para todo aquel que se precie de sevillanía, que es un doctorado más difícil de lo que parece. Pero sobre todo debería servir para iniciar a los niños en el difícil arte del Quijote.

Dentro de nada celebraremos los cuatrocientos primeros años de la primera edición de la Primera Parte de *El Ingenioso Hidalgo...* y bueno es que vayamos tomando posiciones. Las instituciones hacen planes, los políticos meten la efemérides en su agenda electoral (para Zapatero es poco menos que una cuestión de Estado) y, en fin, que hay que ponerse las pilas, como manda el ingenio popular vigente.

Lo malo es qué hacer con el Quijote y los niños. No nos engañemos. Si ya resulta complicado arrimarles lecturas más livianas, cómo introducirlos en el *tocho*. La verdad es que ingenio no falta, y ediciones más o menos a su alcance, tampoco. Más parece que falta la necesaria convicción entre los adultos de que el Quijote es un libro perfectamente capaz de encandilar a los peques y a los cadetes, sin necesidad de sucedáneos ni purpurinas. Y me sigue pareciendo que a lo mejor tendríamos que hacer campaña para que los adultos, incluidos los maestros, se volvieran a enamorar de la novela de Cervantes. Pero como esto es harina de otro costal, volvamos a nuestro cometido específico.

Me voy a referir sólo a ediciones del Quijote con vocación de servir en ese rito introductorio para niños y adolescentes, y que a día de hoy puede uno encontrar en las librerías. Del tipo *comic* están una de Will Esiner, en Norma Editorial (del año 2000), y otra en Libro Hobby, que acaba de salir, denominada precisamente *El primer Quijote en Cómic*, y que asegura ser una “versión completa para niños”, con arreglo a algún criterio que se me escapa. Entre las “clásicas”, la edición de Susaeta (sin año de edición, como es mala costumbre de esta editorial), para mi gusto con demasiados brillos. Los comentarios por capítulos y los glosarios no están mal. Otra edición, más modesta, pero más asequible, es la de Ed. Alfredo Ortelles, con selección de capítulos ilustrados.

Mucho más cuidada es la de SM, con la aclaración un tanto curiosa de “Edición cultural”, dirigida por Andrés Amorós. Las notas a los márgenes son muy útiles y cómodas para el lector primerizo, y los 60 temas

“culturales” que propone, para ampliar el conocimiento contextual de la obra, bien elaborados.

En el capítulo más imaginativo de las relecturas, esto es, de los textos *a propósito de El Quijote*, citaré *El pequeño Borges imagina el Quijote*, Sirpu, Guipuzcua, 2003, ilustraciones de Ramón Moscardó, perteneciente a la serie que Carlos Cañeque dedica a introducir a los lectores neófitos, por vía de una ficción sobre la ficción, en las grandes obras de la literatura universal.

Para otro día dejaremos cuestiones más peliagudas, tales como: ¿Puede *reducirse* el Quijote para los niños? ¿Cómo hacer esto? ¿No fueron ya bastante negativas aquellas ediciones escolares de los tiempos del franquismo, cuando el Hidalgo pasaba por encarnar no sé cuántas virtudes patrias? ¿Cómo acercar la obra de Cervantes a los nuevos tiempos? Casi nada.

Letras menudas, menudas letras.

LA TARARA SÍ, LA TARARA NO

Nuestro periplo por las fuentes vivas de la literatura tuvo parada y fonda inesperadas. Fue en Córdoba, los días que hacen bisagra de Febrero a Marzo, albores de primavera, con motivo del VIII Congreso de Folclore Andaluz. Allí se dieron cita las músicas, romances y cuentos de antaño, y los sinsabores de hogaño por salvar su tesoro. El de la sabiduría encantada del pueblo, eternamente arrumbada en los márgenes del sistema, cosas de viejos, cantinelas de aldea, adornos políticos -como mucho-, para días de fiesta. Se engañan los políticos de hoy. Ya lo hicieron en tiempos más críticos. Fernando de los Ríos, al filo de la Guerra Civil, se quejaba y se pronunciaba por la obligación de todo intelectual a no perder el hilo de las tradiciones. Y el propio Menéndez Pidal, nada sospechoso, se extrañaba: “Las izquierdas siempre se mostraron muy poco inclinadas a estudiar y a afirmar en las tradiciones históricas aspectos coincidentes con la propia ideología”. Se refería si duda a ese punto transgresor, rebelde y disparatado que tienen muchas coplas, juegos y diversiones de la gente común. Pero las izquierdas les dejaron todo el terreno a las derechas, al franquismo, que encima se vistió con las galas del pueblo. Claro está, tergiversando, silenciando o potenciando esto o aquello, a placer.

La acción civilizadora y formativa de la cultura de raíz está también mucho más cerca de las modernas preocupaciones pedagógicas, pues tienen por principio común la participación activa del sujeto en la captación simbólica del mundo, la inmersión placentera –música y canción- en el universo de los valores colectivos, la formación del psiquismo en los días lúdicos de la infancia, que diría Rodrigo Caro. Y el nacimiento del surrealismo en los atardeceres de aldea: “Dice la Tarara que no bebe vino./ Debajo de la cama tiene un ventorrillo./ La tarara sí, la tarara no. /Tararita mía de mi corazón”.

Pertenece esta estrofilla a la versión que ha publicado el veterano grupo Aliara, de Córdoba, en “Canciones y juegos infantiles en el país de Los Pedroches”, disco y cuaderno, con rescate hermosísimo del Burro de la Tía Vinagre, Mambrú se fue a la guerra o La viudita del Conde Laurel, que quiere casarse y no sabe con quién, y acaba eligiendo –atención-, “a esta

niña/ por ser la más bella,/ la blanca azucena/ de todo el jardín”. O el juego del Pañuelito, con esta coplilla: “Mi amante está en la esquinita / y con la capa me llama. / Y yo con el delantatl / le hago que no se vaya”. Excelente trabajo, como todos los de este grupo, dirigido por José M^a Sánchez Fernández.

También nos acaba de llegar “Leer, jugar, imaginar”, una recopilación de textos creación de los propios niños, editado por la Diputación de Huelva, al hilo de un concurso por tierras y colegios de esa provincia.

Y en otro tono, nos hacemos eco de “Mis primeros juegos”, un libro de Ana Serna, que continúa otros “Juegos al aire libre”, con los que la editorial SM (que, por cierto, acaba de celebrar sus primeros 25 años de colecciones infantiles y juveniles, enhorabuena), hace una notable contribución al mantenimiento de estos materiales de la tradición, en clave escolar. Buena continuación de aquellos “Juegos populares infantiles”, de Arturo Medina, que marcaron la pauta y abrieron el camino, junto a “El folclore infantil” de Antonio García Benítez, o “La flor de la maravilla”, de Ana Pelegrín. Imprescindibles todos para caminar con seguridad por los certeros caminos de la educación literaria popular.

El dorado zumo de la pena
Antonio Zoido
Fundación El Monte
Sevilla, 2002

HIJA DE UN DIOS MENOR

El diario El País, en su edición del 13 de mayo, entrevistaba al profesor sevillano Francisco Márquez Villanueva, catedrático en Harvard desde que en 1959 tuvo que dejar nuestra Universidad, abonada a la mediocridad franquista por muchos, muchos años. (Un caso parecido al de Domínguez Ortiz, de consecuencias también irremediables). Pues bien, en esa entrevista, Márquez Villanueva, con la sabiduría y la distancia, y tras admitir los logros sociales del estado autonómico y democrático sobre la región, se lamentaba de que “Andalucía tiene un problema de cultura popular, de “lolaflorismo”’. Feliz vocablo éste, para el nuevo arsenal semántico con el que distinguir la sabia cultura de raíz del pueblo, de los subproductos populistas; el folclore, en el sentido machadiano, de la ganga del gorgorito y la pena. Pero seguro que a los seguidores de la popular Lola Flores, que fueron legión, no les hará mucha gracia. Pensarán algo así como : ¿quién tiene la patente de la calidad en asuntos copleros?

No siempre, a la hora de aplicar ese escalpelo a las cosas reales, resulta fácil la distinción. Como no es fácil separar, por ejemplo, el flamenco jondo del flamenco liviano, más allá de las pendencias entre flamencólogos. En lo tocante a la copla, que es de lo que se ocupa el libro de Antonio Zoido, *El dorado zumo de la pena*, el asunto se vuelve particularmente peliagudo. Pues también aquí se quiere separar la paja del grano, sobre ser ya un subgénero mirado despectivamente por muchos, como hija de un dios menor. Pero al final, lo que quedan son meras preferencias personales. A unos les gustará más Marifé de Triana que Juanita Reina, a otros Miguel de Molina más que Juanito Valderrama. Eso es todo, o casi todo. Hace bien, por tanto, Antonio Zoido en partir de la base de que este género tiene su propia dignidad, en conjunto, y como tal habría que tomarlo o dejarlo.

De mucho más interés es la cuestión de los orígenes históricos de la copla, perdida en los vericuetos y los parentescos con otros géneros populares, y aun con el flamenco. Nada definitivo es posible determinar todavía (curioso esto de que a la cultura popular andaluza siempre le perdemos la pista entre las nieblas del pasado, y eso que no es tan lejano), por más que esté admitida la derivación y aclimatación de la Tonadilla castellana, aquel género musical ligero que entretenía los entreactos de la comedia en los siglos XVII y XVIII, éste sobre todo. Algo semejante a lo que ocurrió con la adaptación de la seguidilla manchega hasta convertirse

en las actuales sevillanas. Pero el cómo y el cuándo no hay manera de ponerlos en pie. ¿Cómo y cuándo se andaluzó la tonadilla? ¿Cuándo se hizo “andaluza en su expresión y española en su extensión”, como dice Zoido? El autor de este libro no rehuye la cuestión (lo que ya es de reconocer), y ensaya un nuevo camino: los pliegos de cordel, las coplas peregrinas que cantaban los ciegos de toda España. Eso podría explicar la extensión, pero no está tan claro que sirviera de vehículo a la “andaluzación” del género. Tanto más cuanto que está probado, como el propio autor recoge, que hubo casos notables de tonadilleras sevillanas que eran rechazadas en Madrid a causa de su acento.

Otros autores, como Antonio Guerrero, sitúan el punto clave en la amalgama musical que se da en Sevilla hacia 1870, cuando Silverio Franconetti expande el flamenco desde su café cantante de la calle Tarifa, al tiempo que la zarzuela y la tonadilla hacen furor en otros escenarios, o sea, un caldo de cultivo donde las aleaciones y los injertos se hacen solos, por así decir. Con todo, la hipótesis de Zoido es atractiva, sólo que necesitará de mayores pruebas y argumentos. Mientras eso llega, mejor quedarnos con los diagnósticos sociales, como éste del propio autor del libro: “Aun poniendo en duda las calidades del género o negando su existencia como tal, nadie puede negar que la copla recoge las pasiones populares, los dramas que golpean, o golpearon, el sentimiento colectivo de una gente transida por la contradicción entre una moralidad y un bienestar que, frecuentemente, discurrían en direcciones opuestas, que esta canción era algo creado por la opresión de la lava sentimental en busca de un camino de salida, sin encontrarlo”.

EL EXTRAÑO CASO DE *LA SIRENITA*

Seguro que si mucha gente leyera la versión original de este famoso relato de Andersen se sentiría extrañada y presa de una oscura desazón. Suele ocurrir con las historias completas de cuentos tradicionales, manipulados por la cultura burguesa. En el caso de *La Sirenita*, el autor danés fabricó una mixtura de tal calibre, que sus numerosos adaptadores -Walt Disney incluido- han sentido la necesidad de modificar muchos de sus elementos sustanciales; principalmente, para dotar al relato de un final feliz, más cercano a las reglas del cuento maravilloso, que Andersen rehuyó deliberadamente, con tal de llegar a una conclusión edificante, pseudomística y de dudoso gusto.

En esencia, el cuento narra la aventura emancipadora y amorosa de la sexta y más pequeña hija del rey del mar, un monarca viudo que es dominado por su madre, en realidad la verdadera reina. En una excursión a la superficie, la Sirenita se enamora de un bello príncipe. Por causa de una tormenta, éste naufraga y es salvado por ella, que lo besa, pero sin lograr revivirlo. Las olas los conducen a un lejana playa, donde la Sirenita debe abandonar a su amor, por no ser humana. El príncipe es entonces socorrido por una muchacha, que sí logra reanimarlo. Él cree que es su salvadora y se enamora de ella. La Sirenita, deseosa de estar con él, pacta con una bruja, también marina, el modo en que puede adquirir dos piernas y, si logra que el príncipe la ame, conseguir también un alma inmortal, de la que carecen las sirenas. La bruja le otorga un objeto mágico, consistente en un bebedizo -en realidad sangre de su propio pecho- con el que la Sirenita emprende su aventura humanizante, abandonando definitivamente al padre, abuela y hermanas. A cambio de la ayuda recibida, ha de perder su hermosa voz. Cuando el príncipe la conoce, ya es una muchacha muda -que también sangra por los pies al andar- pese a lo cual traba una muy estrecha amistad con ella. (En realidad cohabitan en una excursión al bosque, aunque sólo se insinúe). Él, sin embargo, continúa enamorado de la que cree fue su salvadora, que, casualmente, es la princesa que sus padres le tienen destinada para casarse. En efecto, es con ésta con quien contrae matrimonio, obispo de por medio. La Sirenita duda si matar a la novia usurpadora con un cuchillo que le ha entregado la bruja. Al final, no lo hace, sino que arroja el cuchillo al mar. Como no ha logrado el amor del príncipe, tampoco alcanza un alma inmortal. Pero en recompensa por sus sufrimientos es convertida por Dios en “hija del aire”, un vago ser intermedio que sí puede conseguir ese alma, pero sólo si continúa haciendo buenas obras y sufriendo, esto particularmente, cada vez que lllore por causa de los niños malos y desobedientes.

Para llegar a un relato de tan alta sofisticación, Andersen aplicó, desde luego sin saberlo, la fórmula kantiana que esbozábamos el mes pasado, según la cual, cuanto más se aleja el artista de alumbrar lo sublime, por contraste y cercanía con lo bello, más necesita mezclar los ingredientes menos valiosos del arte, a saber, el sentimentalismo –la pena- y la imaginación desbordada, o aleatoria. Y lo hizo apurando su propia fórmula de escritor romántico conservador: mezclando el folclore con la religión hasta extremos narrativamente ineficaces. Pero sobre todo transformando la acción de lo maravilloso, que en los cuentos orales desemboca en un amor logrado y feliz –experiencia plena de la condición humana-, en elemento cristiano-sobrenatural, que minusvalora el amor humano y obliga a sufrir para alcanzar la salvación eterna.

(despiece:)

Para escribir *La Sirenita*, Andersen mezcló a capricho aspectos de tres cuentos principales (además de otros muchos elementos folclóricos sueltos, particularmente de las historias de Baba Yaga, la bruja del bosque), pertenecientes a la rica tradición oral paeuropea: *Blancaflor, la hija del Diablo*; *El príncipe encantado* y *La princesa muda*. De la primera, tomó el carácter independiente de la Sirenita, que necesita huir de un ambiente matriarcal incestuoso. Del segundo, la condición pasiva y un poco boba del personaje masculino, liberado por una activa heroína. Del tercero, la mudez de la princesa, en castigo a sus caprichos, pero que al final recupera el habla, también por la acción liberadora del amor. Cualquiera parecido con los originales...

LA LIJ Y LA FORMACIÓN DEL PROFESORADO

En varias ocasiones me he sorprendido en estas páginas de que las literaturas infantil y juvenil apenas estén implantadas en el sistema docente de las universidades españolas. Seguramente al lector no avisado le sorprenderá también. Por toda explicación inicial, aunque un tanto bufa, se me ocurre decirle que es que este país es así. De manera que la importancia que tiene el sector, uno de los más emergentes en el panorama de las humanidades, y el convencimiento social, ampliamente extendido, de que hay que formar buenos lectores en la infancia y en la adolescencia para garantizar el futuro del saber -de todo el saber- en absoluto se corresponde con la general actitud de las universidades, para las que todo eso sigue siendo un asunto de menor cuantía, algo a contemplar, si acaso, en los márgenes del currículo.

Nos llevaría muy lejos explicar cómo se ha llegado a una situación tan chocante. Baste hoy señalar que en la formación del profesorado de infantil y primaria domina un ambiente muy cargado de “psicologismo”, “pedagogismo” y “sociologismo”, como todo en aquella LOGSE, tan estupenda ella... sobre el papel. De aquellos polvos vienen muchos lodos, como las enormes tensiones gremiales entre el profesorado, que dejan poco espacio a nuevos puntos de vista. Esto en lo que se refiere a la formación de maestros. En la de los licenciados, la situación es todavía peor. Ahí el dominio de las filologías tradicionales impide por completo que los futuros docentes de secundaria y bachillerato adquieran la más mínima noción de literatura juvenil, de animación lectora o de educación literaria en general. Mucha historia de la literatura para adultos y mucha gramática, pero ni un ápice de Setevenson, de Jack London, de Julio Verne..., y menos todavía de los ya reconocidos escritores españoles de esta modalidad. Tampoco en los temarios de oposiciones existe la menor huella de esas materias, y sólo en algunas universidades, como de tapadillo, se consigue introducir algo de ellas.

Pero como el panorama tampoco es común, pasemos a describirlo en rasgos generales:

-En las antiguas Escuelas de Magisterio (hoy con otras denominaciones) la situación dominante es que la literatura infantil sólo se imparte en la especialidad de infantil, y no como troncal, sino como optativa en la mayoría de los casos. Se da así la paradoja de que se forman en esa materia sólo los futuros maestros que lo desean, y sólo para impartir sus saberes justo en el tramo en que todavía los niños ni leen ni escriben. *Stupendo*, que diría Forges. Por fortuna, algo bueno tiene situación tan curiosa, y es que esos futuros docentes pueden adquirir destrezas en narración oral y en otras modalidades verbales vinculadas con la literatura

popular. En cuanto a la especialidad de Primaria, por raro que parezca, la literatura infantil ni siquiera aparece en el horizonte, salvo en algunos casos, también como optativa.

En Secundaria Obligatoria y Bachillerato el panorama es todavía más desolador. Tan sólo se registran casos como el de la Universidad de Granada, que ha conseguido ofertar esta materia a los alumnos del CAP (por cierto, tendente a desaparecer por opciones más racionales, ya era hora), y el de la Universidad de Valencia, cuyo departamento de Filología Catalana oferta en segundo ciclo una optativa de Literatura Infantil y Juvenil, que es la que más éxito tiene. La eligen estudiantes de otras filologías que quieren dar clase, trabajar en editoriales, en bibliotecas o profesionalizarse en esas materias por otros motivos.

[despiece:]

En una reunión celebrada en Febrero de 2005, en la sede del Instituto de Técnicas Educativas (Alcalá de Henares) veinticinco profesores del área de Didáctica de la lengua y La Literatura, acordaron, entre otras cosas, lo siguiente:

“Los nuevos planes de estudio para la obtención de los títulos de Maestro y de Profesor de Educación Secundaria han de contemplar la importancia de la educación literaria y el papel en ella de la Literatura Infantil y Juvenil, dentro de la necesaria formación integradora de los distintos niveles educativos (Infantil, Primaria y Secundaria)”.

O sea, que la conciencia del problema existe dentro mismo de la institución académica, y el Ministerio lo sabe.

Por suerte, el “momento procedimental” no es malo. Tras la aprobación de la LOE, y de las medidas conjuntas con Cultura para convertir la comprensión lectora en una competencia básica de todas las materias, el Ministerio de Educación trabaja ya en la reforma de las titulaciones universitarias. Viene obligado por el llamado proceso de Bolonia y la necesidad de la convergencia europea en titulaciones. La evidencia del informe PISA, sobre la capacidad lectora de nuestros adolescentes, no da mucho margen a cavilaciones y contemporizaciones.

INQUIETA EL FUTURO DE LA LITERATURA INFANTIL

El *Anuario sobre el libro infantil y juvenil 2006*, de la editorial SM, aporta muchos elementos para la reflexión, y para la inquietud. En el extra publicado por esta revista con motivo de la feria del libro de Sevilla, ya nos hicimos eco de algunas de esas zozobras que empiezan agitar las tranquilas aguas de un sector donde todo parece paradisiaco. A saber: el exceso de publicaciones, que vuelve prácticamente imposible un mínimo de orientación sobre calidad y conveniencia; la emulación perniciosa de lo que ocurre en la literatura para adultos, en dos parámetros principales: el “bestsellerismo” y la proliferación de premios como estimulantes del mercado; por último, la excesiva dependencia de las efemérides que proporciona el mero calendario, que hizo que abundaran los “Quijotes para niños” bastante más allá de lo que aconseja la prudencia, y las adaptaciones de Andersen (puesto que muchos cuentos de Andersen, en original, son bastante poco adecuados para niños, cosa que muy pocos sabemos). Ahora se nos vienen encima los múltiples “Plateros”, a pesar de que su autor, Juan Ramón Jiménez, dejó bien claro dicho en 1913: “Suele creerse que yo escribí “Platero y yo” para los niños, que es un libro para niños. No.”

Nos fijamos hoy en el apéndice de ese *Anuario*: “Qué dice la prensa”. En él se vuelve a poner de relieve la escasa atención que la prensa generalista dedica a un sector que mueve casi la mitad del mercado literario y del que depende que el día de mañana haya lectores y de qué tipo. Pese a ello, los rotativos sólo se detienen en el sector en dos épocas “venales”: navidad y primavera (primeras comuniones y ferias del libro); muy pocos son los que dedican atención especializada permanente y la mayor parte se la llevan los libros ligados a fenómenos de grandes ventas, el cine o la televisión. La atención mediática, por tanto, es escasa, apresurada y superficial. Así no hay forma de que padres y educadores sepan qué libros deben llevar a sus hijos y alumnos.

Hemos de añadir a todo eso la inquietud que se vive en las grandes editoriales con motivo del avance de la gratuidad en los libros de texto. Algo que puede afectar muy mucho a la estabilidad empresarial del sector, con incidencia en la literatura infantil y juvenil. Toda una reordenación del mercado se avecina, en la que parece dirección más probable: si se dejan de vender libros de texto -o se reduce a la cuarta o quinta parte- hay que preparar estrategias alternativas para que el sector editorial no se hunda, con importantes secuelas económicas y sociales. Entre aquellas, una mayor dedicación a la literatura para niños y jóvenes. En principio, esto no es ni bueno ni malo. Depende de cómo se haga. Si se concentra la producción en grandes tiradas de menos títulos (una tendencia ya apuntada), ello puede generar una exacerbación del “bestsellerismo”, motivada, además, por los

imperativos comerciales de los grandes almacenes (“sólo queremos libros que se vendan mucho”). Pero si se orienta a dar cumplimiento a los artículos de la LOE dedicados al fomento de la lectura (una hora semanal en todas las asignaturas) y al fomento de las bibliotecas escolares, entonces sí. Entonces estaremos abordando lo que esta sensible parcela del saber necesita: reflexión, complicidad del profesorado y ordenación educativa de las bibliotecas. El momento, como se ve, es decisivo. Y el horizonte, inquietante.

[despiece:]

Extraemos algunas de las observaciones que hace el *Anuario sobre el libro infantil y juvenil 2006*, en el referido apéndice:

“Raro fue el periódico que no dedicó durante el mes de enero de 2005 o diciembre de este mismo año alguna página a la recensión de libros infantiles *regalables*”.

“Madrid sería [según el barómetro de la Federación del Gremio de Editores] la comunidad autónoma con más alto índice de lectura (64%), mientras que Extremadura, Andalucía y la Comunidad Valenciana ocupan los últimos puestos.

“El prototipo de lector español es joven [de entre 14 y 14 años]”

“Entre los remedios del acoso escolar, la lectura: “Los niños que leen – aclaraba Cinco Días el 10 de febrero- son menos violentos”.

JUGUEMOS CON CAPERUCITA

De cuantas historias han ocupado la mente infantil desde tiempos inmemoriales, esta de Caperucita es, sin duda, la más enigmática. Bajo esa apariencia tan simple del encuentro de una niña con un lobo en el bosque, se oculta un cúmulo tal de símbolos, que no hay manera de desenmarañar su sentido. Y siguen y siguen apareciendo ediciones, interpretaciones, manejos de todo tipo, como si la humanidad, perdida en el bosque de su propia existencia, tuviera necesidad de explicarse qué demonios hay debajo del color rojo de esa caperuza, o de la temeridad de una madre que manda a su propia hija a cruzar el bosque con semejante atuendo..., como para pasar desapercibida, vamos. Vamos. Ello ha hecho que psicólogos y psiquiatras (Bethelheim, Fromm...) no dejen de merodear también en torno a esta niña atrevida para hincarle, si no el diente, por lo menos el escalpelo.

Pero, como suele ocurrir con los cuentos tradicionales, la distancia entre el arquetipo popular y el estereotipo burgués siempre fue enorme, con lo que la cosa, lejos de aclararse, se complicó extraordinariamente. Llamaremos arquetipo al modelo básico perteneciente a la cultura oral, y estereotipo al modelo consagrado y expandido por la escritura, en dos versiones principales: la de Monsieur Perrault y la de los hermanos Grimm. A estos últimos la verdad es que se les coló esta niña traviesa en su colección alemana, sin darse cuenta de que no era tal cuento germánico, sino algo, una leyenda local, que una amiga francesa les contó. Así son las cosas. Y es necesario saber que, aunque intrusa, la Caperucita gala se adaptó a las exigencias de la burguesía alemana, que en modo alguno estaba dispuesta a tragarse que el lobo se tragara a la niña y a la abuela, sin más. Así que lo arreglaron todo par que al final fuera un hombre, un cazador que por allí pasaba, tijera en mano, el que resolviera la situación y sacara de la barriga del depravado a las dos, abuela y niña, tan pimpantes.

Nada de eso ocurre en el arquetipo popular, tal como lo sacó a la luz el folclorista francés Paul Delarue, de la tradición oral del centro de Francia, los Alpes y el Norte de Italia; sino que la niña, una vez que se percata de que quien está en la cama con ella es el mismísimo lobo, se las ingenia para escapar de él, ella solita, regresar a su casa y dejar la infame caperuza a los pies del depravado lecho.

Así es la vida. Polimorfa, confusa y difusa como un cuento infantil. Y así es como siguen apareciendo sin parar versiones y más versiones de esta historia. Como que hasta quien esto mismo suscribe ha sacado una, basada en aquella forma del auténtico arquetipo, y de la que más no les voy a hablar, naturalmente. Casi al mismo tiempo, la editorial Kalandraka ha sacado otra, salida de la mano traviesa de Gianni Rodari, *Confundiendo historias*, con la que esta editorial prácticamente se estrena en su delegación andaluza. En ella, Caperucita lucha denodadamente para que se

respete el estereotipo de su historia, pero nada, no hay manera. Rodari lo echa todo a perder, lo confunde todo y todo lo trastoca, como si un rompecabezas cayera en manos de un loco. Por el estilo es también la versión de Carles Cano, *Caperucita de colores*, que ya va por 5ª edición, en Bruño. Otro sesgo reciente es el que ha impreso Anaya, pero aquí por la vía de la ilustración, de la mano de Carmen Segovia –una de las más acreditadas de la nueva hornada- con una caperucita adolescente y meditativa, a la que en todo se le nota que está enfrentándose, ella sola, al misterio, terrible y maravilloso, de la vida. Que es de lo que se trata.

LOS ADOLESCENTES ¿LEEN O NO LEEN?

Publiqué un artículo en el año 95 (CLIJ nº 72) que levantó algunas ampollas. Hice en él una cierta defensa del derecho de los adolescentes a no leer, por varias razones: porque no se fían de nosotros, los adultos, ni del sistema educativo que se empeña en que lean cosas que a ellos no les interesan un rábano; porque están mucho más capacitados de lo que creemos para moverse en la turbulencia semiótica de nuestro mundo. En esa turbulencia (cine, internet, publicidad, televisión...), manejan mucha más información de la que nosotros podemos aportarles, y se hacen expertos en fantasear a su gusto, descubrir mentiras oficiales, además de encontrar los libros que verdaderamente les interesan, y que nosotros, los mayores, tendemos a creer que son “difíciles”, “prematuros”, “escabrosos”... Cuando nos damos cuenta, ya han leído *La casa de los espíritus*, *El guardián en el centeno* o el *Diario de un artista adolescente*, además de *El señor de los anillos*, las *Narraciones extraordinarias* o *Doctor Jekyll y Mr. Hyde*. O sencillamente han dejado de leer, porque no tuvieron suerte en sus pesquisas particulares. Como remate de mi alegato, escribí: “también los malos libros son enemigos de la buena televisión”.

Que no es tan malo que no lean, o que lean a su aire, lo demuestra el hecho de que las calles se están llenando hoy de jóvenes en protesta por la inicua guerra de ocupación de Irak, como se llenan contra los crímenes de ETA. Y son ya generaciones que pasaron por un sistema que nada les motivó para que leyeran y se hicieran juiciosos con los libros recomendados. Luego, de alguna otra manera se han formado un criterio sólido sobre la justicia, la solidaridad y la democracia. Es el mundo de los mayores, por el contrario, el que sigue estando lleno de falsedades y de engaños. Si ellos hubieran sucumbido al torbellino que vaticinó Morris, al bombardeo de los múltiples sistemas de signos, ya tendríamos aquí a la primera generación de idiotas. Tal cosa, por fortuna, no sólo no ha ocurrido, sino que se han hecho expertos en **leer el caos**. En consecuencia, hay que cambiar el concepto de lectura, el de educación literaria y, como de costumbre, el sistema educativo.

Por eso encontrar libros que a ellos parecen gustarles, o que utilizan un punto de vista que podría resultar atractivo, se convierte en motivo de gozo. Y si queremos centrarnos en Andalucía, o en autores andaluces, tanto más excitante.

Por su quinta edición va ya *La isla de los espejos*, del jerezano Miguel F. Villegas, en Ediciones Aljibe (que, junto con la colección Meridiano, de Algaida, es de las pocas que apuestan por libros juveniles en nuestra región). Libro de aventuras fantásticas, al estilo de Ende, destinado, me parece, a crear símbolos iniciáticos en un ambiente culturalmente más cercano. Va bien en el entorno de los 12-13 años.

Para el siguiente tramo, de los 14 en adelante, acaba de aparecer *El último gigante*, del jiennense Miguel Fernández Pacheco, un autor veterano y colmado de méritos en su doble vertiente de escritor y diseñador de excelentes libros. Nos cuenta aquí la historia de un gigante colosal que se enfrenta a las SS alemanas en tiempos de la persecución de los judíos por Hitler, con un aporte de elementos culturales muy amplio (historia, pintura, religiones...), como quien no quiere la cosa, y un recorrido conceptual igualmente complejo que hace reflexionar sobre las condiciones en que se repiten la tragedias contemporáneas.

En un tono más amable, *Guadalquivir, la memoria del agua*, relata las vicisitudes culturales de nuestro gran río, desde una primera persona bien construida por el periodista Antonio García Barbeito y en una edición muy cuidada de la Caja San Fernando.

LA TERAPIA DE LOS CUENTOS

“Los cuentos son una medicina”. Así de rotunda se expresa Clarissa Pinkola Estés, psicoanalista norteamericana de la escuela junguiana, refiriéndose, naturalmente, a los cuentos de tradición oral. Esta escuela, a través del concepto de arquetipos, ha desarrollado una potente intuición inicial de Freud, según la cual es posible establecer relaciones entre el mito, el sueño y la historia de la civilización; también entre el inconsciente colectivo y el individual. La dificultad estriba en saber interpretar cada cuento como si fuera un sueño persistente de la humanidad en su conjunto. El que hoy traemos a nuestro comentario es probablemente uno de los más arraigados en la cultura popular andaluza y, en general, de la española. Se trata, ni más ni menos, que de “La ratita presumida”, que ya recogió Fernán Caballero (con alguna intromisión de su propio cuño), con el nombre que entonces tenía: “La hormiguita”. Pues se ha de saber que el compañero elegido finalmente por ese personaje, entre sus diversos pretendientes, era “el Ratoncito Pérez”, que curiosamente no es ningún ratón, sino un tisanuro, ese bichito de la humedad y los rincones de las casas, que ya apenas se ven. Andando el tiempo, se perdió la conciencia de este animalito, y se creyó que el señor Pérez era, efectivamente, un múrdo. De ahí que la hormiguita se convirtiera, paralelamente, en ratita. No sé si esta apretada historia biofilológica serviría a algún psicoanalista (probablemente más de la escuela lacaniana) para interpretar el verdadero significado de esta narración encadenada de pretensiones matrimoniales, hasta dar con la horma apetecida. Lo que sí quiero despejar es la duda, planteada desde lo políticamente correcto, de si no contendrá algún mensaje machista. No desde luego en origen, pues en las genuinas versiones populares la hormiguita demanda a sus pretendientes acerca de “cómo arrullarán al niño”, y no de “qué harán por la noche” (cuestión harto resbaladiza), y en la segunda parte (desgraciadamente desaparecida) la hormiguita se zampa a su maridito tras la noche de bodas, sin darse cuenta, eso sí, pero por causa de un descuido de él, que se cae dentro del puchero, a cuyo cuidado se quedó. También con las teorías de la doctora Pinkola Estés hay que valorar el verdadero significado que, según ella, tienen en los cuentos tradicionales cocinar, lavar, barrer, etcétera: “Todas estas metáforas ofrecen maneras de pensar, medir, alimentar, fortalecer, limpiar, y ordenar la vida espiritual”. Mucho ojo.

Por sí, por no, los editores de esta preciosa versión actual (editorial Kalandraka), han finalizado la historia con los dos miembros de la pareja realizando equitativamente la imprescindible tarea de barrer. Bueno.

Y hablando de actualizaciones, también traemos a nuestras sugerencias una nueva edición de “Los viajes de Gulliver”, de Jonathan Swift, -clásico

donde los haya de la llamada literatura juvenil-, por lo manejable y lo asequible, además del interesante aparato de notas que caracteriza a esta selección de otro clásico, la colección “Tus libros” (Anaya, Madrid).

Para rematar, en el otro extremo de las edades, “Olivia”, un álbum de Ian Falconer (ed. Serres, Barcelona), donde se muestra, mediante delicados trazos, a esta activa cerdita aprendiendo a ser persona, con una inteligente combinación de juego, aprendizaje y formación estética. Muy bien desarrollada la relación intuitiva, para el niño, entre naturaleza y cultura, de la que nunca debimos salir.

LA VERDAD DE H. C. ANDERSEN

Va culminado el bicentenario de Andersen, entre homenajes, estatuas y otras muestras de admiración. Sin entrar a discutir los merecimientos que para ello tenga el atormentado escritor danés, también nosotros nos merecemos profundizar, en lo posible, en los misterios de por qué una obra como la suya, en realidad tan difícil, tan compleja, se empeña en persistir, cuando de ella apenas sobreviven bien una docena de cuentos. Los demás (hasta 158, en la edición completa de Anaya) andan penetrados de una urdimbre tan espesa de sombras personales, de ideologías, de ternurismo, de penalidades sin cuento, de ‘casualidades’ gratuitas, de principios morales a veces discutibles (el amor como algo necesariamente fatal, el sufrimiento como base para la salvación, el Cielo como única esperanza...), que ni siquiera el vapuleo del centenario ha podido rescatarlos.

Más allá incluso de los terribles conflictos personales que hay por debajo de historias tan aparentemente ingenuas como *El patito feo*, *El soldadito de plomo*, *La cerillera*... se entrevén otras muchas tinieblas en Andersen, que alguna vez habrá que clarificar, porque pertenecen al meollo de nuestra cultura. El autor de *La sirenita*, por encima incluso de sus propias miserias personales, es un ejemplo acabado de escritor romántico, con todas sus consecuencias. Y el Romanticismo, contra lo que pueda parecer, no nos abandona. Utiliza camuflajes varios –incluidos algunos muy posmodernos–, entre los que figura ese irritante neoculto a la personalidad del escritor, algo que parece haber alejado definitivamente aquella formidable propuesta de Paul Valéry, la de “una Historia de la Literatura sin autores”. Habrá que esperar al menos otro siglo para retomar la sensatez del texto, si es que no todo se estropea definitivamente.

Para ir derecho al grano, nada como esta sentencia de Antonio Machado: “En leer a Kant se gasta mucho menos fósforo que en descifrar tonterías sutiles y en desenredar marañas de conceptos ñoños”. (*Juan de Mairena*, VII). Precisamente el pensamiento kantiano sobre la obra de arte, al plantear el pleito radical entre lo bello y lo sublime, nos viene como anillo al dedo para tratar de desenredar los presupuestos románticos que animan buena parte de la obra de Andersen. De forma necesariamente esquemática, se podría decir que, según el filósofo, la obra de arte, a través del placer estético, nos recuerda que la razón es muy superior a toda representación del absoluto, el cual es, por definición, irrepresentable. Nos produce, pues, el dolor de que ni la imaginación ni la sensibilidad estarán nunca a la altura del concepto. Y en la medida en que el arte se aleja de lo bello, necesita ser más penoso, y más imaginativo, tanto como para compensar su falta de placer estético. Y así, cuando la obra combina ambos sucedáneos –la pena interminable y la imaginación desbordada–,

fracasa. Pero lejos de admitirlo, se repite en su inutilidad. Este es el fundamento del folletín, que hoy también inunda las pantallas, y desde luego del melodrama romántico, al que Andersen no pudo sustraerse. Es más, tuvo que añadirle un tercer elemento, el de la religión cristiana, para compensar las extrañas manipulaciones que, con muchos de sus cuentos, llevó a cabo sobre el caudal de la literatura folclórica, hasta transformar lo maravilloso en sobrenatural. Lo veremos más de cerca el próximo día con “*El extraño caso de La Sirenita*”.

(despiece):

Para abordar un estudio sistemático de los cuentos de Andersen habría que aislar los fundamentos teóricos de su propia literatura. En primer lugar, el componente biográfico. Muchos cuentos son transparentes a una lectura de sus propias frustraciones (*El patito feo, La cerillera, El soldadito de plomo, La tetera...*), y tienen como fundamento el deseo y la exclusión. Otros son de base folclórica (*Los cisnes salvajes, El Jardín del Edén, El traje nuevo del emperador, Pulgarcita, La aguja de zurcir...*), cuyo fundamento es la sustitución de lo maravilloso-popular por lo sobrenatural-burgués. En otros relatos, el danés combina hábilmente lo personal, lo folclórico y lo religioso.

LA VERDADERA HISTORIA DE BLANCANIEVES

A primeros de Octubre, en Potsdam (Alemania), unos estudiosos del cuento dieron la voz de alarma: los hermanos Grimm, tan receptivos a la moral pequeñoburguesa, metieron la mano en la versión popular de Blancanieves que ellos mismos habían publicado en la primera edición, la de 1812, de sus *Cuentos de niños y del hogar*. Alertados por el escándalo que se formó en la buena sociedad de su tiempo en torno a ciertas “crueldades” que acarreaban los relatos de la tradición oral campesina, decidieron, entre otros cambios y tijeretazos, convertir a la envidiosa madre de Blancanieves en su malvada madrastra. Parecía así que la cosa era más tolerable, pues ya se sabe que las madres postizas son una calamidad para la integridad física de sus hijastras. Así, de un plumazo, tergiversaron la verdadera intención de un cuento milenario, que no es otra que prevenir a los hijos, en forma simbólica, de las muchas y radicales antagonías que surgen en el seno de la familia, cuando se desatan los celos de una madre antiedípica, o las duras rivalidades entre hermanos, y todo en un ambiente incestuoso más o menos declarado. Sirve todo ello de advertencia y preaviso sobre lo conveniente que es abandonar el hogar cuando uno se va haciendo mayorcito. (Me temo que a muchos jóvenes de hoy ya no les contaron las auténticas versiones de nuestra tradición oral, y así les va).

Todo eso de la manipulación ideológica de los hermanos Grimm ya hace mucho que lo sabíamos, pero se conoce que ahora se ha encontrado la horma mediática para difundirlo. Desde luego, en España, los cuentos equivalentes siempre fueron *La madre envidiosa* o *Mariquita y sus siete hermanitos*, cuyo sólo enunciado deja bien claro cuál es el verdadero fondo de la cuestión. Así están recogidos en nuestras colecciones. Lo que pasa es que la otra rama del asunto, la de Cenicienta, sí que incluye a una madrastra, pero ésta no quiere matar a su ahijada, sino que la empuja a irse de la casa para evitar males mayores, en concreto, las relaciones preincestuosas de la niña con su padre. O sea, que las versiones de Blancanieves proceden de la envidia de la madre, y las de Cenicienta de los deseos del padre. (Todo esto pueden verlo con más detalle en mis *Cuentos al amor de la lumbre*, *Cuentos maravillosos españoles* y *Los cuentos populares o la tentativa de un texto infinito*). En definitiva, que lo que los bondadosos hermanos Grimm hicieron fue fundir las dos ramas de un mensaje claramente diferenciado, y complementario, en una sola mixtura, al gusto de la gente bienpensante.

De entre las muchas ediciones que circulan de Blancanieves, escogemos esta de “LaGalera popular”, como prototipo de una versión impuesta por la corriente culta, a partir de la travesura de los Grimm, y sólo a título de curiosidad. Pero justo es reconocer que todas esas

manipulaciones han creado una nueva materia estética y psicológica, propia de los ambientes burgueses, de la que la cultura popular no es responsable, y que ha sido denunciada muchas veces por los folcloristas. El hecho es que ya parece inevitable que intérpretes de todas clases tomen como referencia las versiones aburguesadas, y no las auténticas. Así ocurre con un libro recién salido del horno, *Del color del cisne*, de José Ruiz Mata, bien escrito, por cierto, y con audaces valoraciones. También algunos psiquiatras profesionales se deben a esas variantes cultas, como Gabriela Wasserziehr, de la escuela junguiana, que en *En los cuentos de hadas para adultos* nos brinda, pese a todo, una muy interesante gama de interpretaciones, dado que se atreve a sondear en las verdaderas raíces de esta tradición. Véase, a nuestro propósito de hoy, el capítulo “La madre negativa de los cuentos”. Ah, y ¡felices pascuas, con cuentos auténticos!

LA VERDADERA HISTORIA DE LA BELLA DURMIENTE

El retorno de las vacaciones enfrenta al profesorado con las tareas del nuevo curso. En nuestro ámbito, con la muy concreta, y decisiva, de diseñar un buen programa de lecturas, que ayude a los alumnos a adquirir, o a fortalecer, el hábito de meterse en los libros. Primero, por puro placer. Segundo, por todo lo demás. En ese combate desigual con las otras acechanzas de nuestro tiempo -que no hay que nombrar-, siempre es bueno asegurarse de que tal o cual libro responde a expectativas seguras. Y para ello, nada como los clásicos del género. En su afán por renovar la oferta de estos textos, las editoriales se esfuerzan por hacerlos cada vez más atractivos, más didácticos. Toda ayuda es poca.

Así, nos encontramos con una edición de *Jasón y el vellocino de oro*, en Akal, con abundante aparato de entretenimientos derivados de la portentosa aventura de los Argonautas. Un relato mitológico fundamental en la cultura de Occidente, que en la parte referida a Medea tiene su correlato popular en el cuento de *Blancaflor, la hija del diablo*. En este sentido, no será ocioso confrontar ambas lecturas, de las que surgirán ricas sugerencias, y no pocas sorpresas. Con este libro, la editorial aumenta su oferta de historias de semejante cariz: la Guerra de Troya, Ulises, Julio César, Lanzarote, Moisés...

En la dirección del diseño como mejora, Edelvives nos trae su colección de clásicos, muy cuidada. Por ejemplo, los *Cuentos de Perrault*. Textos completos, ilustraciones divertidas, y una muy documentada introducción de Mauro Armiño. El cuento de *La bella durmiente del bosque* figura con su extraña segunda parte, que algunos editores eliminan imprudentemente. En ella, por chocantes que parezcan las truculentas acciones derivadas de los celos de una suegra edípica -la madre del Príncipe, que quiere comerse a sus nietos y a continuación a su nuera-, cobra pleno sentido la historia. Pues ahí la pasiva y dormilona heroína tiene que espabilar, para salvar a sus hijos, mientras el esposo, como de costumbre, va a la guerra. Otras muchas claves antropológicas y psicológicas están encerradas en esta narración, a la manera en que lo hacen los cuentos, como símbolos dirigidos al inconsciente, donde ejercen su secreta enseñanza.

Precisamente la versión más ligera que hicieron los hermanos Grimm de esta tremenda historia es la que publica Anaya, pero reforzada en sus profundidades -de todos modos llenas de misterios- por las excelentes ilustraciones de Ana Juan, uno de los más firmes valores de la ilustración actual española. Ni que decir tiene que sirve como iniciación a esta historia para los más pequeños, pero que luego deberán abordar el relato completo tal como la escribiera Perrault. Y porque son prácticamente inasequibles las

versiones más antiguas del italiano Basile, o recogidas de la tradición medieval en Cataluña, bastante más descarnadas todavía, pero donde se enseña a valorar el papel activo de la heroína, mucho más allá del tópico de la Bella Dormilona, limitada a esperar el beso salvador del Príncipe Azul. Y por no entrar hoy en la versión masculina de este relato, *El príncipe durmiente en su lecho*, que todavía pudo recoger de la tradición oral uno de los colaboradores de Machado y Álvarez. Otro día, con más tiempo, les hablaré de esta apasionante cuestión.

LA VOZ INTERIOR DE LA LECTURA

En la reciente edición de la Feria del Libro de Sevilla se ha consolidado la carpa de los cuentacuentos para niños, aumentada con otro espacio similar para jóvenes. En ambos ha sido la voz viva la que ha reinado por sobre el barullo, un poco para recordarnos en qué se funda el curioso nexo que se da entre el hecho de contar y el hecho de leer. Algo que algunos teóricos todavía no aceptan, por creer que la lectura silenciosa es un acto íntimo que en nada requiere del estímulo auditivo. Esto es cierto, y sólo relativamente, cuando el lector ya está formado. Pero el niño y el adolescente todavía no tienen desarrollada ésa que llamaremos la voz interior de la lectura, a saber, una entonación bien modulada, un ritmo, una intensidad..., en los que se apoya la decodificación del texto para un leer más fácil y, por ende, más comprensivo. Incluso fisiológicamente parece que algo se mueve en nuestros órganos de pronunciar, si bien de forma milimétrica, cuando leemos en silencio. Ello está en paralelo con el otro hecho, más profundo, de que no podemos pensar sin palabras. Todo lo cual conduce a la conveniencia de que, en las primeras edades, se lea, se recite y se cuente en voz alta. No en vano, hasta San Ambrosio, la lectura sin voz ni siquiera existía. En los refectorios, en las aulas, en las calles, el texto escrito se consideraba meramente un apoyo a la verbalización sonora.

Para poner en valor estos fundamentos, y otros parecidos, acaba de nacer una revista. **Tantágora** se llama, y surge como una “publicación dedicada a la narración oral, al cuento, a los narradores”. Dirigida por Roser Ros, aparecen en su elenco otras figuras importantes de este arte del contar, como Alexander Hernández (Venezuela), Martha Escudero (México), Ana Padovani (Argentina), Ana García Castellano, Ernesto Rguez. Abad, Paula Carballeira, Juan Ignacio Pérez (España), entre otros. A casi todos ellos los hemos visto desfilar por las sucesivas ediciones del espacio “Cuentos parra casi todos”, de la Caja de ahorros San Fernando.

Y como del cuento oral al cuento escrito ya vemos que no hay más que un paso pequeño, aunque sustancial, ejemplo válido será el de *El traje nuevo del Emperador*, el célebre relato de Hans C. Andersen, basado por cierto en una leyenda medieval que ya versionó don Juan Manuel y luego Cervantes, cada cual a su estilo y propósito. Es la historia que ha elegido este año la OEPLI (Organización Española para el Libro Infantil y Juvenil), para su edición conmemorativa del centenario del autor danés y, como de costumbre, en las cuatro lenguas de España. Son otras tantas versiones libres de esta narración, debidas a autores contemporáneos y a ilustradores de talento, con nuevas parodias del poder y de la hipocresía.

Y ya que estamos de revistas, nos faltaba este año referirnos al último número de **Lazarillo**, la veterana y

prestigiosa publicación de la Asociación del Libro Infantil y Juvenil. Con la dirección artística de Alberto Urdiales, la coordinación en sus distintas secciones de Nieves Martín y M^a Victoria Sotomayor, y la eficiente labor de coordinación general de Alicia Muñoz, acompañan a esta edición las sugestivas ilustraciones de Paco Jiménez. (Otro día, por cierto, hablaremos del papel complementario que tienen las ilustraciones en la animación lectora, precisamente cuando la voz viva ha de ser sustituida por la voz interior).

LEER EN CADA CLASE

El Ministerio de Cultura ha lanzado una campaña de animación lectoral en torno a las bibliotecas públicas. Al mismo tiempo, una enmienda socialista a la LOE (esa que tan poco gusta a obispos y PP) intenta ejercitar el hábito de leer entre alumnos de Primaria y de ESO. Parecería mentira, si no fuera verdad. En la campaña, una voz infantil recuerda a su padre que las bibliotecas existen. No está mal. Ni resulta descabellado. Pronto los niños ilustrados de esta nueva hornada enseñarán a leer a sus progenitores.

Por lo segundo, hemos venido en recordar que el mal de la no lectura arrasa con todo. El tristemente célebre *Informe PISA* de la OCDE, de 2003, señaló que ni más ni menos un 21% de nuestros adolescentes no entiende lo que lee, fuera de textos primarios. O sea, que no comprende los libros de historia, de matemáticas, de ciencias..., pero tampoco el folleto con que manejar una máquina. Ello, naturalmente, afecta al conjunto de la actividad pensante. Y al futuro de la ciudadanía, claro está. Ya no se trata sólo de que no adquieran el hábito del buen leer literario, ese lujo al alcance de cualquiera; sino de que no podrán andar por la vida, si no es a merced de demagogos, fanáticos y nuevos tratantes de esclavos.

Parece que nuestras autoridades se lo toman en serio. Aunque han sido ya tantas las campañas, que a uno le da que temer. Mas no seamos pesimistas. Puede que esta vez algo funcione. Por lo menos, esa cosa tan elemental que recomienda la autoridad educativa: dedicar una rato de lectura en todas las materias (no sólo en Lengua), lo que me ha parecido de perlas. El profesorado de Lengua no puede cargar él solito con la responsabilidad de que los cadetes entiendan lo que leen. Todos los profesores están llamados a crear un espacio lector en el aula, empezando por la lectura en voz alta, entonada y transmisora de interés. (Un ejercicio antiguo, cuya práctica, no obstante, hemos defendido en este espacio alguna vez, pues ayuda a crear esa “voz interior comprensiva” que los niños no poseen, y los jóvenes a duras penas. También, es curioso, lo recomendaba la Institución Libre de Enseñanza). Y un foro de discusión en torno a un texto, y un ejercicio de escritura personal derivado de lo mismo. No es sólo cuestión de dinero, aunque también. (16 millones incluye la enmienda para dotar a bibliotecas escolares y públicas, vale).

Son los factores cualitativos los que empiezan a reclamar atención. De nada sirve tener libros almacenados, si no hay un experto que despierte la vida en torno a ellos. Los libros muertos son la peor imagen de una cultura. Muchas bibliotecas públicas son hoy meros lugares de estudio de apuntes de clase. El sector infantil de las bibliotecas necesita mayor dotación y atención. Los encuentros con escritores son revelaciones casi

mágicas del arte de la palabra. Los profesores han de estar bien formados en animación lectora. Etcétera. Etcétera.

Despiece.

Algunos datos del problema:

-España figura entre los diez países de la OCDE que menos gastan en educación.

-El número de bibliotecas públicas por comunidades, en España, y por cada 10.000 habitantes, es el siguiente entre cinco de ellas: Navarra: 1,54%. País vasco: 1,28 %. Andalucía: 0,84. Cataluña: 0,56. Madrid: 0,31. (Observen el acusado desnivel entre Navarra y País Vasco y las demás; así como que Andalucía no está de las peores).

-El 92% de los usuarios de entre 14 y 17 años sólo acude a las bibliotecas a estudiar. (No a leer ni a pedir préstamos de libros).

-Al 86,8% del mismo tramo de edad lo que le gustaría es acceder a Internet en las bibliotecas. (Este dato y el anterior proceden de un informe de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, de 2002. El último de esta serie también).

-En la Declaración de Copenhague, de 1999, suscrita por 31 países europeos, figura, entre las funciones de las bibliotecas públicas, la “oportunidad estratégica para incrementar la calidad de vida y las posibilidades democráticas de las ciudades en la sociedad de la información”.

-La opinión de los políticos y profesionales es que “las bibliotecas públicas son igual de importantes que la educación (89,3%) y que la sanidad (64,1%). Sin comentarios.

LIBROS EN LIBERTAD

La tarea de recomendar libros para el verano es tentadora. Por eso mismo, peligrosa. ¿Cómo ha de ser esos libros? ¿Ligeros, superficiales, refrescantes? No sé por qué, pero es tontería inmediata la asociación con un tiempo de perezas, de dispersión. Los libros de invierno, por el contrario, habrían de ser obligatorios, pesados, profundos... En materia infantil y juvenil, la cosa se complica más: libros del cole/ libros de la playa. Forzosos/ libres.

Libros en libertad. Me gusta. Del marasmo que hay en mi mesa, elijo tres, desde más niños a un poco mayores: *Cuentos del fondo del mar*, de Silvia Duboboy, una escritora mejicana muy versada en lides de animación lectora. Durante años condujo un programa a ese propósito en la televisión de su país. Luego se hizo submarinista, entre otras aventuras. Y de ahí, de las profundidades de la experiencia con lo más fantástico de la realidad que apenas vemos, salió este libro hermoso, contagioso. No tiene más añadiduras al relato que los de un tratamiento gráfico que parece salido del caracol donde duermen todos los colores, de las anémonas del sueño. Relatos para dejarse llevar por las olas de la imaginación con el problema de la tortuga verde acosada por “el Niño”, el pingüino en las tormentas del Antártico, el niño verdadero que se enamoró del sonido del mar.

De imaginación pura, pero decantada por las tradiciones orales de todo el mundo: *Mil años de cuentos. Mitologías*. Casi nunca damos con la manera de que nuestros aprendices se informen debidamente de lo que la humanidad ha fabricado con urdimbre de símbolos, los sentidos que reposan en la hondura del ser humano. Aquí tenemos una posibilidad. Están bien contadas las historias de Zeus y Dánae, de las Manzanas de la Inmortalidad, del Diluvio (presente en todas partes), de los dioses de Oriente y de Occidente... Y de los intermedios, como Astarté, la bella diosa enjoyada (como la Dama de Baza, o la de Elche, por ejemplo), que bajó a los Infiernos a rescatar el amor y luego, como tributo, se hizo adorar en Primavera por todas las orillas del Mediterráneo. No está dicho en el libro, pero seguramente cuando el adolescente lea, comprenderá algo mejor la fiesta sin fin de las Marismas, el ajeteo de los romeros cuando bulle la sangre. Pero estas cosas es mejor dejarlas a la libertad del lector, a sus secretos. Por eso a este libro le sobran, creo, los aditamentos pedagógicos. Óbviense, sobre todo en verano, y ya está.

Por último, para los más mayores: *Un pájaro despeinado*, del sevillano Manuel Jurado, en la colección “Meridianos”, de Algaida, que no hace más que crecer. Este relato, que fue premio de narrativa juvenil “Los Pedroches”, es recomendable por varios motivos. Primero de todos, por lo bien escrito que está, con el respeto debido a los jóvenes lectores. (Hay editoriales que rechazan libros juveniles que estén “demasiado bien

escritos”. Créanselo). Luego, porque presenta el punto de vista narrativo en la primera persona de una adolescente, Maravillas, en trance de pubertad, con buen aprovechamiento, por parte de este profesor de Instituto, de la observación y el trato cotidianos con chicas. En tercer lugar, porque lleva a los muchachos de hoy a un mundo perdido pero próximo, del que a menudo nada saben: el de la vida rural en los pueblos andaluces hasta ayer mismo. Una excelente manera de evitar que se imponga la cultura unilateral del presente globalizado, como si no viniéramos de ninguna parte y nada importe adonde vayamos, o nos lleven. Una historia también de intriga emocional, con regusto al lluvioso paisaje de Macondo y a la luz incierta de Comala.

LIBROS PARA BAÑARSE

Imaginar cómo es el mundo a la edad de ocho meses –la que tiene ahora mi nieto- es un ejercicio imposible. Por más que uno indague en su memoria, nada queda de aquello. Sin embargo, las sensaciones, los barruntos del ser, existen. Sólo que no dejan recuerdos. Es una vida sin pasado ni futuro. Puro presente. Como el Paraíso, tal vez. Todo se reduce –me dicen los psicólogos – a una maraña de imágenes y percepciones, sin orden ni concepto alguno que las sustente, fabricando neuronas estables en cantidades descomunales. Pero ya asoman los símbolos, asociados a aquellas percepciones elementales, por parejas: lo táctil y lo no táctil, cálido o frío, la luz y la sombra, el buen olor de la madre y el de todo lo demás. En realidad, todo es grato o ingrato. Y las cosas no están, sino que emergen. El mundo nace a cada instante.

La comunicación es también un constante fluir. De ahí la facilidad con que se pasa de la sonrisa al llanto. No se articula de ningún modo, pues no hay lenguaje. El niño te sonrío porque le agrada la imagen compleja con que te percibe. Lo que sí ocurre –y en esto se distingue de los animales- es que **desea** comunicarse. Como desea el comer o la tibia sensación del abrazo, así también relacionarse con todo y cada cosa. Ahí surge lo humano: buscando los contactos recíprocos.

¿Sirve todo esto para iniciarse en la lectura? Por increíble que parezca, sí. Mejor dicho: sirve para iniciarse en el libro como objeto deseable. Desde hace unos años, bastantes editoriales se han especializado en editar libros curiosos para las edades más tempranas. Libros basados en aquella misma complejidad de las sensaciones, y combinando, por tanto, todos los sentidos: lo táctil, lo visual icónico, el olor, algo que suene, y hasta el sabor inevitable, porque lo primero que hará el niño será llevarlo a la boca, por si se come. Pero una cosa más los distingue de los demás juguetes: intentan un primer orden, con el paso de las páginas. Son, pues, artilugios mucho más complicados de lo que parecen. Pues ya persiguen contener un mundo en sucesión, o sea, un libro.

Una subclase de esos objetos son los libros para bañarse. Aquí el invento parece definitivo, pues asocia la hora más placentera del día con ese tocar el mundo hecho páginas. Tal vez no quepa felicidad mayor.

De los muchos “libros” de esas clases, elegimos al azar los tres de este mes: un “bañopuzzle” del que salen animales flotantes, con la obligación para la persona mayor de ir imitando el sonido convencional con el que tales criaturas “hablan”; una *Rana Renata*, que contiene en su interior las aventuras propias de la especie; y un *Suave pollito*, este no para bañarse, pero sí para palpar con agrado la naturaleza elemental. Y en todos ellos es básico el suceder paginado y reversible, pues lo mismo da ir para adelante que para atrás.

Así que ya saben. No se hagan los distraídos y empiecen a trabajar con los libros desde los primeros meses. Por experiencia propia, les digo que funciona. Y además es un verdadero placer, también para los padres, y, por supuesto, para los abuelos. Suerte.

LITERATURA INFANTIL, ALGUNAS CLAVES

La literatura infantil y la literatura juvenil (me gusta separarlas, porque creo equivocada la estrategia de meterlas en el mismo saco, siendo como son distintas y sus destinatarios muy diferentes) requiere ya de ensayos específicos. Algo que ponga puntos de reflexión y teoría sobre un fenómeno tan profuso, y a menudo confuso.

Con esa sana intención, Ediciones Aljibe (Archidona, Málaga), acaba de publicar, con ayuda de la Consejería de Cultura, un volumen reunido de aportaciones sobre el particular, donde hallamos algunos de los nombres más destacados de esta difícil materia. Se titula *Lectura y Literatura Infantil y Juvenil, claves*, y está coordinado, con acierto, por Manuel Abril Villalba, de la Universidad de La Laguna. Su propósito declarado es abrir el panorama de los interesados a los ingredientes principales del género: Para qué [demonios] sirve la literatura infantil (Teresa Colomer); la enseñanza de la lectura y la educación literaria (el propio Abril); dar vida a las bibliotecas escolares [ah, ¿pero hay bibliotecas escolares?] (José Antonio Camacho); ¿qué es la animación a la lectura? (M^a Isabel Borda); la formación de la competencia literaria (Carmen Perdomo); ética, estética y educación literaria (Amando López y Eduardo Encabo); el rescate de los cuentos populares; el álbum como género (Amalio García); las nuevas tecnologías y la LIJ (Eloy Martos y Gloria García).

Como se ve, casi de todo. Una llave común recoge este abanico: la convicción de que hemos entrado en un nuevo ciclo en la formación de lectores, aunque algunos no quieran enterarse. Esa formación nueva descansa sobre cuatro puntos: 1, la enseñanza de la literatura ha de renovarse por completo en primaria y secundaria, con abandono definitivo de los vicios atávicos (historia, biografía, retórica...), hacia 2, un desarrollo de la lectura comprensiva e interpretativa (el texto, mucho antes que el autor y sus circunstancias), 3, la animación lectora en el aula, en bibliotecas y en otros espacios, y, todo ello, dentro de un proyecto más ambicioso, cual es 4, la educación literaria de las nuevas generaciones, como ciudadanos gozosos, creativos, libres y críticos. Ahí es nada.

Por el conjunto de citas que adjuntamos, del propio libro o recogidas en él, se comprenderá mejor lo que este volumen significa. Y ojalá cunda.

[despiece]

“La literatura infantil y juvenil no ha nacido para comentar la vida, sino para completarla” (G. Martín Garzo)

“Debe ser el propio lector quien vaya haciendo explícitos los significados de la obra a la que se enfrenta” (M. Abril)

“La literatura infantil constituye una verdadera “escalera” que ayuda a dominar formas cada vez más complejas” (T. Colomer)

“Debemos preguntarnos si nuestro sistema educativo logra desarrollar en nuestros estudiantes amor por los libros” “Ayudar a nuestros destinatarios a disfrutar con los libros”. (M. I. Borda)

“Anteriormente se daba más importancia a la interpretación que el profesorado solía hacer de los textos y a la memoria, actualmente se intenta que el alumno construya el conocimiento”. (C. Pardomo)

“La lectura, dentro de la escuela, es una herramienta que ayuda, desde localizar información, usar el diccionario, ficheros, índices, interpretar gráficos, etc. Como ejercicios de comprensión lectora: explicar, evaluar, comparar, contrastar, apreciar, informar, clasificar, definir, designar, etc.” (Catalá y otros)

“Es fácilmente objetable el contenido de las historias Disney, porque se incluye un gran componente ideológico”. (A. López y E. Encabo)

“MÁS CUENTO QUE CALLEJA”

Muchas veces me he preguntado a qué será debido el descrédito de la palabra “cuento” en este país. “Déjate de cuentos”, “no me vengas con cuentos”, “esto es el cuento de nunca acabar”, “ese tío es un cuentista”, “más cuento que Calleja”... Los escritores de este género vivimos como a la defensiva, ensayamos artimañas semánticas, ironizamos sobre el particular, pero lo cierto es que no conseguimos remover la pesada losa del desdén. El gran Fernando Quiñones propuso una vez que usáramos la palabra “cuentero”, de cuño hispanoamericano. Pero no prosperó.

No sé si la última de las expresiones arriba apuntadas pudo contribuir a espesar un poco más la carga peyorativa del término y sus derivados. Desde luego no lo redimió. Alude a la gran cantidad de cuentos que publicó la editorial Calleja, fundada en 1876 por don Saturnino Calleja (Quintanadueñas, Burgos, 1855-1915). Un catálogo de 1911 contenía ya más de mil títulos, entre sus diversas colecciones, que abarcaban todo el espectro de la educación cristiana, las buenas costumbres y el “enseñar deleitando”. Pero acaso aluda ese dicho a algo más: a la montaña de mixtificaciones, arreglos y adaptaciones que esta casa editorial llevó a cabo sobre los materiales narrativos más diversos, entrando a saco ya fuera en *Las mil y una noches*, en Perrault, en Madame D’Aulnoy, en los Hermanos Grimm, en Andersen, en la tradición popular española y hasta en Shakespeare, de quien guardo un *Mercader de Venecia*, que empieza de esta guisa: “Había en Venecia un judío que, como todos los de su casta, vivía de la usura”. Todo y cualquier cosa le servía a don Saturnino, y a sus continuadores, para redactar un texto convenientemente “españolizado”, y publicarlo con la calificación de “Cuento moral, con permiso de la autoridad eclesiástica”, en series diferentes, pero casi todas compitiendo en el tamaño, a cual más pequeña.

Bien es verdad que hasta tres etapas se pueden rastrear en las directrices y enfoques de la casa: la del fundador, la de su hijo Rafael, bastante más creativa y modernista, con colaboradores de fuste como Antoniorrobes, Manuel Abril, José López Rubio; y la del otro hijo, Saturnino, que se acogió más al expediente comercial. El común denominador fue, sin embargo, lo cuidado de las ilustraciones, que siguen llamando la atención, y donde colaboraron los mejores de la época, como Reinoso, Méndez Bringa y muy particularmente Salvador Bertolozzi, que también escribió y dirigió otras publicaciones de la casa.

Entre las travesuras y osadías más sonadas de los cuentos de Calleja (Jaime García Padrino ha estudiado muy bien el caso) merece citarse la de *El soldadito de Plomo*, donde el amor que siente el personaje por la Bailarina es cambiado por la devoción a la Virgen del Pilar, que naturalmente lo salva del fuego. En una de las versiones de *La ratita*

presumida, Ratoncito Pérez es salvado in extremis de la olla a la que ha caído, y tras ser cuidado por su esposa promete: “No volveré a ser desobediente ni a comer azúcar”. Ahí queda eso. Por supuesto que *La Bella Durmiente* terminará también en feliz boda (los finales arregladitos eran la especialidad de don Saturnino), y así todo.

Viene esto a cuento, cómo no, de que acaba de llegar al mercado de los kioscos una reedición de productos Calleja, en facsímiles, con gran aparato promocional. Y parece que el público, por lo menos el público nostálgico de los 40 y los 50 del siglo pasado, la está acogiendo bastante bien. Huelga decir que, con la dictadura, la editorial Calleja encontró la horma de su zapato y prolongó su popularidad hasta entrados los sesenta. A tal punto que le salieron muchos competidores, si bien ninguno de ellos alcanzó la fama que le hubiera hecho merecedor de una frase tan coloquial, hasta hace poco, como la que reproducimos en el título. No se me alcanza qué otra cosa, como no sea esa pura añoranza de un tiempo indudablemente peor, puede llevar a los lectores de hoy a recrearse en estas reediciones. O acaso sea, y esto es más preocupante, que el retorno de la carcundia haya llegado también a la literatura infantil. Lo que nos faltaba.

Despiece

Eugeni Bofill y Oriol Comas, prologuistas de otra reedición de 1980 de cuentos de Calleja, aseguran haber encontrado esta perla en sus indagaciones en torno a la vida don Saturnino: una hoja con anotaciones manuscritas, salvada por un ujier de la papelera de la Real Academia Española, tras una encrespada sesión de 1900. Se dirimía en aquella ocasión si se admitía al fundador de la popular casa editorial entre los inmortales, para ocupar el sillón N. Los nombres de los académicos están todos disimulados bajo siglas. Entre otras cosas, se dice:

“Somos conscientes de que don Saturnino Calleja no posee la alta dignidad literaria ni el conocimiento de nuestra amada Lengua [...] pero sí, su extensa obra, su creativa fantasía y su especial profundización, trato y uso del vocabulario popular, lo hacen merecedor de tal distinción”.

-¡No, él jamás!, ¡Tendrá que pasar por encima de mi cadáver!”

Quisiéramos creer que en esta ocasión los académicos acertaron por razones técnicas. Pero no es el caso, por desgracia, pues concluyen los investigadores que quien estaba dispuesto a morir antes de que don Saturnino accediera al Olimpo de la Lengua era “un frustrado escritor de cuentos”. Lástima.

MEMORIAS DE UN PATO DIFERENTE

Tal vez el primer cuento que me regalaron fue *El patito feo*. Sería en uno de aquellos Reyes Magos de los tiempos brumosos, cuando los niños soñábamos con juguetes imposibles y nuestros padres nos compensaban con libros fantásticos. Algo era algo. Pero confieso que aquel año el sucedáneo me sentó fatal. Yo ya me consideraba lo bastante mayor como para que me vinieran con la fábula de un pollo ridículo que acabaría siendo un hermoso cisne. ¿Y a mí qué? Como si quería ser una cacatúa.

Así que he tardado mucho en comprender este cuento, del que siempre sospeché se trataba de una simple venganza de Andersen contra el mundo. Pero empecé a reconciliarme con él cuando vi a Roberto Anglisani, un actor italiano que hace unos monólogos extraordinarios, contar la historia de este ser diferente. Fue en Montevideo, hace pocos años, en una jornada en que comprobé cómo un teatro entero se venía abajo, entre un turbión de lágrimas y risas, tras casi una hora de narración conmovedora para historia tan simple. Inolvidable.

La OEPLI, organización española para la literatura infantil, acaba de publicar un volumen especial que lleva por título **¡Cuac!, Quac!, Kuak!, ¡Cuac!**, con cuatro versiones actualizadas de esta historia, una en cada lengua de las oficiales de España, a cargo de Inmaculada Díaz, Albert Figueras, Yolanda Arrieta y Palmira G. Boullosa (castellano, catalán, esukera y gallego, respectivamente), y con ilustraciones de Juan Ramón Alonso, Marcos Ferrer, Jon Zabaleta y Ángeles Maldonado (mismo orden).

Con la óptica del siglo XXI, estas cuatro versiones se erigen en baluartes de las más avanzadas posiciones intelectuales, en especial el derecho a ser diferente, el respeto y defensa de la diversidad, y el pluralismo como rasgo esencial de un mundo donde reinen la paz y la concordia. Mensajes todos que, a la vista de los derroteros que van transitando el unilateralismo torturador, el fanatismo terrorista y otras lacras del llamado orden civilizado, se tornan cada día más urgentes.

Otra versión actualizada del mismo relato fue la de la escritora sevillana Concha López Narváez, para Bruño, en la colección “Cuentos de colores” (reeditada en 2002), con la interesante novedad de mezclar la escritura textual con la jeroglífica, que anima al lector infantil a descubrir sus habilidades mentales.

Pero desde que Andersen instaló el modelo del pato desdichado con final feliz, han sido muchas las derivaciones del mismo esquema. Quizá la más famosa ha sido la del escritor y dibujante canadiense Michael Bedard, titulada *¡Vuela, pato, vuela!* (reeditada también por Oberón hace un par de años). Aquí se nos cuenta la historia de otro pato diferente, pero no por sus rasgos formales, o por pertenecer en realidad a otra especie, sino por haber escapado de la cadena de producción de una granja de patos. Al hacerse

independiente, descubre otros muchos valores de la existencia, como la amistad, y ésta no con cualquiera, sino precisamente con el caimán que ejercía de vigilante en la fábrica. Escapa así también de un restaurante donde se sirve “Sopa de pato”, y acaba encabezando una rebelión de sus congéneres, a los que invita a salir volando, y no a cualquier parte, sino hacia el Sur, donde está la libertad. El reclamo de este Sur, como incitación del mundo libre, natural y más sencillo que el de las frías ideologías norteamericanas, demasiado obsesionadas con la prosperidad, se une así al modelo Andersen, más un feliz injerto del Orwell de *Rebelión en la granja*. Con lo que se demuestra que también en la literatura infantil está casi todo inventado, y que lo que mejor funciona es la frondosa armonía de los arquetipos. No les tengan miedo a los arquetipos, que siempre encierran una profunda verdad, no siempre conocida, y que miren cómo yo, sin ir más lejos, acabo de reconciliarme, gracias a uno de ellos, con los pobres juguetes de los años más duros.

MEMORIAS DEL FUEGO, DE LA TIERRA Y DEL CIELO

Las diversas mitologías son fuente inagotable de recursos literarios. Recordemos a Vladimir Propp: “El comienzo de todas las literaturas es folklore traducido en signos gráficos”. Es preciso, desde luego, incluir los mitos entre la materia folclórica, en su sentido más noble; entre las narraciones que configuran una primera cosmovisión. De ahí su doble importancia en la educación literaria de los niños, de los adolescentes: instruyen en la memoria de los antepasados y preparan la mente para la belleza del símbolo trascendental. Pues da respuesta a las primeras preguntas sobre la tierra, el fuego, el aire y las aguas, antes de que se conviertan en religión y se marchiten. Probablemente no existe un modo más rápido de inmersión poética que el conocimiento, la lectura de los mitos.

No es fácil, sin embargo, definir bien qué es un mito, en correlación con el cuento y con la leyenda, siendo los tres formas primordiales del relato folclórico. La leyenda se las vale sola, pues su imputación de realidad y localismo –esto ocurrió aquí, en esta fuente, en este precipicio-, pronto la limitan. Lo difícil verdaderamente es distinguir mito y cuento. Vladimir Propp y Lévi-Straus, allá por los sesenta, se enzarzaron en curiosas diatribas al respecto. Decía el ruso: “Desde el punto de vista histórico, el cuento maravilloso, en su base morfológica, es un mito”. Esto enervaba al francés: “Es posible comprobar cómo narraciones que tienen carácter de cuentos en una sociedad, son para otras, mitos.” Para el formalista el cuento es una suerte de mito destronado, ha perdido históricamente su carácter de relato sagrado arcaico, y se ha hecho materia simbólica común. Para el antropólogo, la diferencia no es histórica, sino contextual. Cada pueblo los utiliza según sus necesidades. Disquisiciones farragosas de las que hoy sólo cabe concluir: lo que los distingue es la ambición de sentido, que el mito la tiene bien acusada, hacia lo trascendental, y el cuento menos, hacia lo cotidiano. Y lo que los une: el peligro de ser convertidos en religión histórica, al servicio de los sacerdotes. Así el Diluvio es mensaje sagrado en la escritura judeocristiana, mientras en otros muchos pueblos es explicación oral del mundo, a la manera poético-simbólica, nada más. Nada menos.

El escritor uruguayo Eduardo Galeano acaba de publicar en España sus ‘Mitos de Memoria del fuego’, una colección de relatos basados en mitos indígenas precolombinos, confesando su “alegría de ir al encuentro de los jóvenes más jóvenes”, y lo hace con historias de una turbadora belleza como la que empieza: “La mujer y el hombre soñaban que Dios los

estaba soñando”, para La Creación. Y otras semejantes para el Tiempo, Las Nubes, El Día, La Selva, Las Mareas...

Por su parte, la editorial SM hace unos años que viene distinguiendo ‘Historias de la Biblia’, ‘Los caballeros de la tabla redonda’, o la mitología clásica, en colecciones suficientemente diferenciadas, al menos para el uso pragmático-docente. Acaso para no introducir demasiada confusión intelectual entre el confuso relato de Babel, el pseudorreligioso del Santo Grial, o el esforzado de Hércules, por más que los tres son mitos.

De discreto éxito de ventas, desde el año 1999, son los ‘Cuentos y leyendas de la mitología griega’, de Espasa Calpe. El título aquí lo dice todo. Las tres categorías en una sola. A fin de cuentas, el primero de todos los mitos es el del Caos, anterior a la Tierra. El niño antes del hombre.

¡“OH, SHEREZADE, QUÉ ESPLÉNDIDA ES ESA HISTORIA!”

Quizás el poco aprecio que la cultura ilustrada siente por las literaturas fundamentales (popular, infantil, juvenil...) se deba a que hay pocos libros de reflexión adecuados para hacerlas entender mejor. Entre “cosas de viejas” y “cosas de niños” se las suele despachar, acaso con una mueca de paternalismo en la que quedó una pretendida sonrisa. Ni siquiera los programas oficiales que se imparten en las escuelas o facultades donde se forman futuros profesores incluyen de manera clara y ordenada (créanselo) los conocimientos de esas materias. Y no digamos las destrezas necesarias en el arte de contar y encantar con la palabra. La cultura oficial todavía no ha aprendido lo que significa que Sherezade se libró de la violación y de la muerte gracias al enigma insondable de sus cuentos. Más todavía, cómo el corazón de aquel tirano se transformó por ellos.

Hoy haremos un alto en nuestro difícil camino para dar sitio a tres libros recientes que, desde distintos ángulos, abordan esa imprescindible meditación.

La prestigiosa Fundación Germán Sánchez Ruipérez nos ha ofrecido *Siete llaves para valorar las historias infantiles*, libro de reflexión colectiva bajo la dirección de Teresa Colomer, de la Universidad Autónoma de Barcelona. En él, un grupo de muy experimentados investigadores de los entresijos de la literatura infantil nos brindan sus ideas, sus inquietudes, sus dudas, acerca de cómo funciona el delicado mecanismo de esas historias, por qué unas sí y otras no. Qué pasa con *Harry Potter*, con *Manolito Gafotas*, con *El topo que quería saber quién había hecho aquello en su cabeza...* Por qué hay que ver imágenes antes de leer, o hay que escuchar cuentos antes de leerlos. Es la formación de la voz interior lo que hace que el niño se acerque a los libros, no al revés; apreciar el espesor de las palabras con el eco de la tradición, ser otros sin dejar de ser uno mismo, ampliar la experiencia del mundo hasta lo maravilloso. Un libro que se tornará imprescindible.

Anaya nos brindó poco antes del verano otro asalto a la cuestión: *La lectura, ¿afición o hábito?*, de Luis Arizaleta, un experto en procesos de animación lectora, con más de diez años probando métodos y acercamientos a esa complicada, endiablada a veces, materia. Una vez más resonarán en nuestro interior las inevitables preguntas: ¿Puede enseñarse el gusto por la lectura? ¿No será peor intentarlo de cualquier manera? ¿En qué momento se convierte uno en lector? Arizaleta asegura que existe un camino: cultivar la afición. Habilitar ámbitos (bibliotecas, espacios al aire libre, escuelas en horas extra, lectura en voz alta al borde de la cama), donde la vivencia del libro se pueda transferir, compartir la alegría de una buena historia, tocar al

autor, escuchar cuentos, mitos, leyendas de muy diferentes culturas..., esto es, con un papel central de la oralidad, como antaño.

Y como venido de antaño es el tercer libro: *Cien cuentos populares andaluces (recogidos en el Campo de Gibraltar)*, de Juan Ignacio Pérez y Ana María Martínez, dos esforzados buscadores de antiguos cuentos folclóricos que llevan años recorriendo su comarca, magnetófono en ristre, en una tarea digna de toda admiración. Contiene este libro sólo los cuentos de la clase “de costumbres” (nos prometen otro de maravillosos y un tercero de animales), siguiendo la clasificación de la escuela rusa que arranca con Afanásiev y que nosotros mismos hemos adaptado a la clasificación de los cuentos orales españoles. Además de auténticas perlas, recuperadas de esta tan vieja como entrañable tradición entre personas generalmente iletradas, el libro lleva una introducción de los mismos autores que se resume muy bien en qué estriba el cómo, el cuándo y el por qué de esas narraciones tan viejas como el mundo, de antes incluso de que Sherezade escapara de las garras de la vulgaridad y la locura.

POESÍA INFANTIL Y ESPAÑA AUTONÓMICA

Podrá parecer un punto disparatado el título de este artículo. ¿Qué tendrán que ver los dos términos de ese binomio, tan aparentemente alejados, quizás insolubles? ¿No será desvarío del un cronista en tarde de domingo? Pues no. Sino que viene muy al pelo, en razón de un libro que acaba de aparecer: *Troballengües, Trobalinguas, Eletrobak, Trovalenguas*, publicado la Asociación de Amigos del Libro Infantil y Juvenil, en colaboración con el Ministerio de Cultura y de otras instituciones pertenecientes a las diversas autonomías con lengua propia. Persigue, ni más ni menos, que aportar aunque sea un gramo de cordura al inquietante panorama de los discordias nacionalistas de estos tiempos, ya tan largos. En palabras de la dedicatoria: “A todos los amigos ilusionados en convivir en un mundo solidario, comprensivo”, y porque “la poesía es capaz de servir de embajadora, de mediadora para todo aquel que quiera acercarse a su semejante”, añade Sara Moreno Valcárcel, impulsora del proyecto.

Hallaremos dentro de una cuidada edición a cuatro poetas, escritores de cinco poemas cada uno, y en su lengua materna, pero traducidos a las otras tres, en el mismo libro. Se ejemplifica así el respeto y la equidad que se deben entre sí las cuatro lenguas de España. (Digo bien, de España, y no del “Estado” a secas, como quieren algunos). Dirán otros que es puro artificio, capricho inoperante. Pues no lo creo. En primer lugar, porque el juego de las resonancias cuádruples de un mismo texto concuerda con los múltiples juegos del lenguaje disparatado, filosurrealista, en que se alimenta buena parte de la poesía infantil, sobre todo la tradicional. En segundo, porque este libro está dirigido, también, a los maestros de cualquier parte de España que quieran apoyar en ejemplos vibrantes lo que es un país plurilingüístico. Y si no, vean los resultados, en pequeñas muestras:

Inicia la serie el poeta catalán Miquel Desclot (Barcelona, 1952), con “El casament del llapis i la goma”: “Un llapis de dibuixar / i una goma d’esborrar / van voler fer un casament / que en parlés tota la gent”. En gallego: “Un lapis de debuxar / e unha goma de borrar / fixeron una voda / a penúltima moda”. En euskera: “Lapitz marrazkilaria / era goma ezabaria / ezcondu ziren apainki / jendea txora eginki”. En castellano: “Un lápiz de dibujar / y una goma de borrar / se montaron una boda / a la penúltima moda”. El poema, además, contiene un eco del antiguo y divertido romance del piojo y la pulga.

El poeta gallego Antonio García Teijeiro (Vigo, 1952) escribe “Un bico porque sí / Un bico porque non / un bico coma o lume / un bico corazón”. En euskera: “Musu bat bai / Musu bat botz / Musu bat hotz / Musu bat re / Musu bat do”. En castellano: “Un beso porque sí / Un beso

porque no /, un beso como el fuego / un beso corazón”. En catalán: “Un petó perquè sí / un petó perquè no / Un petó com el foc / Un petó tot elle cor”.

Del poeta vasco Juan Cruz Igerabide (Aduna, Guipúzcoa, 1956) es este: “Zure begietako elur / distiratsuan irristatuko naiz, / goizeko eguzkiak / igurtitako eskien gainean”. Castellano: “Me deslizaré por la nieve / centelleante de tus ojos / sobre esquís encerados / al sol del amanecer”. Catalán: Lliscaré per la neu / espurnant dels teus ulls / sobre esquís encerats / a trenc de solixent”. Gallego: “Esvararei pola neve / escintilante dos teus ollos / sobre esquís encerados / ao sol do amanecer.”

Cierra el libro la poeta madrileña afincada en Almería Ana María Romero Yebra, con “Hemos hecho una sirena / en la arena de la playa. / Con un trozo de madera / yo le marqué las escamas”. En catalán: “Hem alçat una sirena / a la sorra de la platja. / Amb un bastonet de fusta / jo li marcat les escates”. Gallego: “Fixemos unha serea / na area da praia./ Cun anaco de madeira / eu marqueille as escamas”. Euskera: “Hondartzan hareakin / egin dugu tizas lamia. / Egur zatitxo batekin / nik ezkatzen marrazkia”.

El problema es que no nos han enseñado en la escuela lo que es este país, donde no todo el mundo está obligado a hablar la misma lengua, ni las otras lenguas son feas o “raras”, y donde en la parte castellanohablante ni siquiera se dan inicios de las otras tres. No pasaría nada, sino mucho y bueno, si a un niño de Andalucía se le introduce en el prodigioso ámbito verbal de las otras tres lenguas españolas. Sencillamente porque este país es así y porque de niños es aprender. Lo mismo digo de un niño vasco, catalán o gallego, faltaría más.

VIAJAR EN EL TIEMPO O EN EL VIENTO

La necesidad de una literatura para niños y jóvenes descansa en un principio psicológico que solemos olvidar: la necesidad de ordenar el caos del mundo mediante ideas, sentimientos e imágenes coherentes. “El mundo es un bosque de símbolos”, ya lo dijo Salustio, y luego lo repitieron Baudelaire, Bécquer y Machado, entre otros. Cierto. Y lo va a ser siempre. Pero la literatura, aunque ilusoria, sirve para poner un orden mínimo, un consuelo mental y emotivo, en la turbulencia terrible de la realidad. Por eso el remoquete de “literatura de evasión” casi nunca es acertado, pues, antes que a la fuga, responde a esa necesidad de articular un sentido. Puede ser trágico, cómico o tragicómico, pero un sentido. Así es como la cabeza de nuestros alevines aprende a pensar, alejando de paso la angustia del desorden, viajando en un tiempo histórico o ficticio, o en el viento de la imaginación pura.

Este comienzo de curso nos abrimos de nuevo a las ofertas que hacen las editoriales, pensadas para cubrir esas ansiedades entre adolescentes. Empeño siempre encomiable, aunque el resultado sea a veces poco sólido. De tres libros, que sí lo son, vamos a hablar.

La editorial La Galera ha lanzado, con curioso despliegue publicitario, ‘Las andanzas de Kip Parvati’, ópera prima del periodista Miguel Larrea (Madrid, 1966). Lo de ‘curioso’ viene, sobre todo, porque el editor, Xavier Blanch, anuncia en la solapa: “Esta obra fue rechazada por once editoriales. Estoy convencido de que se equivocaron absolutamente”. Sin duda quiere acogerse al prestigio de las grandes obras, muchas por cierto, que en su día fueron rechazadas por eminentes editoriales. Sin hacer de futurólogos, algo de eso puede haber en este caso, pues el buen estilo de la novela, y su extensión, no encajan precisamente en las exigencias de algunos editores que, sin empacho alguno, confiesan preferir una literatura menos elaborada, para un mercado poco exigente (al que ellos también tienen acostumbrado), de lectores poco hábiles. Vamos, que, siendo para niños y jóvenes de hoy, no me venga usted con florituras. Si ya se nutren de salchichas, para qué buenos filetes. Así está el patio.

La narración de Larrea se apunta a lo mejor de los libros de aventuras exóticas, con Kipling como mentor, en algún remoto país del Océano Índico. Su protagonista, Kip, se enrola también en la no menos significativa saga de los grumetes sobre frágiles embarcaciones azotadas por los monzones y por otros vientos fatales de la vida. Bien trabado, bien conducido a través de múltiples peripecias, el relato mantiene ese aliento.

‘Un hoyo profundo al pie de un olivo’, de M. Carmen de la Bandera, se adentra con valentía en el escabroso mundo de las luchas de religión en la Sevilla del siglo XV, en plena vorágine histórica de la Inquisición, la expulsión de los judíos y las capitulaciones engañosas de Santa Fe. Un

cóctel fatídico con el que se inicia la modernidad en España, o mejor dicho, se aleja por mucho tiempo la verdadera modernidad. Será bueno que el lector adolescente, a través de una hermosa historia de amor imposible entre Carmen y Samuel, se acerque a comprender de dónde vienen los lodos actuales de Israel, Palestina, Irak y otras tragedias, todas bajo el signo de la intolerancia, pero eso sí, en nombre de Dios.

En tono más amable, 'El mapa de los sueños', del extremeño, afincado en Sevilla, José. A. Ramírez Lozano, nos invita a otra clase de viaje sin salir de casa. Es la historia de un muchacho que comparte la secreta pasión de su abuelo por los trenes, sobre un gran despliegue de mapas por el suelo, sorteando, cómo no, los avatares cotidianos de una familia de oligarquía obrera a la que sólo le han dejado eso, la facultad de viajar en sueños hasta Vladivostok, la última estación que a todos nos aguarda, y a la que más vale irse acostumbrando.

SI EL MUNDO FUERA UNA ALDEA

Tras el mucho ajeteo de estos días por los andurriales de la fiesta, volvamos a lo cotidiano. La literatura infantil, a veces, también tiene esa vocación por la realidad inmediata, en la creencia de que a los niños les debería interesar tal cosa. (No la conocemos mayormente los mayores, pero osamos dársela a ellos en pequeñas píldoras. Bueno, por algo será). El hecho es que también se publican libros donde los fantasmas, las hadas y los duendes ceden paso a la familia, la ética ciudadana, el desarrollo del conocimiento... un poco como si el caos que es el mundo para una mente primeriza debiera cuanto antes ordenarse. No digo yo que no, si hasta un cuento popular tan aparentemente inocuo como El Gallo Kirico está hecho con esa viva intención. Pero no cualquiera podrá imitar la perfección de una historia aquilatada por los siglos. Como poco, esos otros libros necesitarán del adulto como acompañante del asombro infantil, esto es, libros orientados por la lectura en voz alta y el comentario que vaya saliendo al paso.

La editorial El Aleph acaba de publicar dos preciosidades en esa línea de procurar un acercamiento al mundo en que vivimos, tal como es, dentro de lo que cabe, naturalmente. El primero se llama *Si el mundo fuera una aldea de cien personas*, a cuatro manos lingüísticas: castellano, catalán, gallego y euskera. Esto no es un alarde, sino que tiene mucho que ver con la primera línea motriz del texto: la tolerancia, a través de la evidencia. No todo el mundo habla ni escribe de la misma manera. Ni todo el mundo es lo mismo que apreciamos en las estrechuras del día a día. Para mejor comprender que esto no es así, el libro nos mete en la ficción de que los 6.300 millones que vamos siendo (¡) cupiera en un a aldea de cien personas. En ese supuesto, 52 serían mujeres, 48 hombres; 30 serían niños, 70 adultos, y de estos 7 ancianos; 90 homosexuales y 10 heterosexuales; 70 de color y 30 blancos; 61 asiáticos, 13 africanos, 13 americanos, 12 europeos y uno de Oceanía; 33, cristianos, 19 musulmanes, 13 hinduístas, 6 budistas, 5 animistas, y 24 de otras religiones o de ninguna. 17 hablarían chino, 9 inglés, 8 hindi y urdu, 6 español, 6 ruso y 4 árabe. Y así todo. Es la fuerza de esa diversidad a la vista lo que deberá producir el primer sentimiento ético de la modernidad: la comprensión de que el otro no es ni superior ni inferior, sino diferente. Este libro nace de una experiencia real-virtual, pues su origen es un e-mail que fue arrojado al proceloso mar de Internet y allí ha dado varias veces la vuelta al mundo, con parada en la utopía y la esperanza: la aldea global, la aldea de paz. Bravo.

El otro libro de la misma editorial es *¿Qué ves, del derecho y del revés?* Un álbum muy agradable de fotografías de objetos presentados como un laberinto, un torbellino, un montón, etcétera, donde el ejercicio visual,

las pistas rimadas, la sagacidad, llevarán el dedito a descubrir que detrás de una rana, un botón o un rey de lata está el más maravilloso tesoro: la inteligencia.

Nuestro tercer abordaje a lo real -por hoy- es un libro de Ana García Castellano, titulado *Marcela*. La experimentada voz de esta excelente cuentacuentos, a fuerza de oír las voces de los niños que la rodean por todas partes, ha descubierto que una manera de interesar a los alevines en su propio mundo es contárselo de la manera más llana posible, hasta hacer más llevaderos los celos por la hermana pequeña, el retorno dramático de la abuela a una segunda infancia, los dramas nocturnos del pis incontrolado, el descubrimiento atroz de que tu amiguita te ha traicionado en el cole... En fin, qué quieren que les diga: la realidad.(j)

TIEMPO DE JUGAR

Con las vacaciones, la libertad. Con la libertad, la calle. Con la calle, los juegos. Eran los de antaño marcadamente masculinos o femeninos. Éstos comúnmente apoyados en el ritmo, la melopea, el vaivén, la comba... En cambio, la parte supuestamente más fuerte de la especie pareciera jactarse de un dinamismo con cierta inclinación a la brutalidad, a la pendencia, sin cánticos ni nada por el estilo. Todo lo más, se enunciaba una ruda perorata para repartir suertes, y a uno le tocaba hacer de burro, pongamos por caso, y a los demás subírsele encima hasta deslomarlos, o él mismo desplomarse cuando le apetecía ver rodando por el suelo a sus apolotonados jinetes. A menudo los jugadores se escindían en dos bandos, uno para debajo y otro para encima, con lo que la algazara final adquiría verdaderas proporciones de batalla.

¿Pero ocurrió siempre así? Creo que no. Hay datos para pensar que todos los juegos infantiles tuvieron un desarrollo más elaborado desde tiempos remotos, y que su discurso participaba de una ritualidad iniciática, de una educación simbólica muy potente. Todavía a mediados del siglo XX el juego que se llamaba “Horca, justicia y caridad” escenificaba una historia de reos y verdugos, reyes crueles y bruscamente destronados, azotainas y ajustes de cuentas, que no parecía sino preparación para la vida. El gran Rodrigo Caro, como siempre, aporta en sus ‘Días geniales y lúdicos’ (1626) preciosos datos de los juegos infantiles de su tiempo, en Sevilla, todavía entroncados con los de la más lejana antigüedad. Julio Pólux, un sofista griego, del siglo II (cuando la humanidad se fue quedando sin dioses y a punto estuvo de ser feliz), da esta noticia: “cuando dos muchachos arrojan la pelota a la pared, contando los saltos que da, al vencido le llaman “asno”, y está obligado a hacer todo lo que le mande el vencedor, a quien por esto llaman “rey”. También Platón, en el ‘Teecteto’, y Horacio, registran fórmulas parecidas. ¿No sienten ustedes como escalofrió?

La cultura globalizada, ese invento del Diablo, está dejando a nuestros niños de hoy, entre otras cosas, sin juegos de calle. Tal vez por eso algunas editoriales se apresuran a ocupar ese espantoso vacío en que el verano puede naufragar. Y los padres, los educadores, los monitores de tiempo libre, necesitan acudir a esas publicaciones.

La editorial Akal viene publicando hace años unos cuadernos de actividades y juegos, de fácil manejo, clasificados por diferentes maneras de entender el uso lúdico de este tiempo: juegos de playa, juegos de exterior, juegos tranquilos, para viajes largos, etcétera. En cualquiera de ellos encontrarán qué hacer con los niños, ahora que los maestros los han soltado.

Casi unos clásicos de estos entretenimientos son los libros de Ana Serna, como unos 'Juegos al aire libre' (SM), que también ofrece una gran variedad de pasatiempos, entre ellos algunos tradicionales, como la rayuela, las canicas, las chapas, la comba, las cuatro esquinas. Todo un compendio para darle facilidades a la memoria y cauce a la recuperación de los juegos perdidos.

De muy reciente aparición son 'Juegos del mundo' (Timun Mas), de Joseph M. Allué e Irida Lluçà. 92 actividades infantiles recogidas de numerosos países, clasificadas por continentes, donde hallarán sorprendentes y habilidosas maneras de hacer que los niños se relacionen entre sí. Libro muy enriquecedor, con mensajes de mucho calado para combatir la xenofobia o el racismo, desde pequeñitos. Como debe ser. Feliz verano.

TOCANDO EL FONDO DE LOS CUENTOS

Pocas veces, en esta ardua tarea, se tiene la sensación de estar tocando el fondo. La maraña de historias orales que el devenir de la humanidad ha ido arrojando a las playas de la imaginación es de tal calibre, que lo raro es no morir en el intento. El de ordenar un poco al menos la urdimbre de los sueños oscuros, los más remotos, aquellos en que el ser humano se hizo a sí mismo como narrador. En nuestro ámbito cultural, que en esta materia se extiende hasta los remotos orígenes de la sociedad agraria indoeuropea, de vez en cuando surge la chispa alumbradora. Ese fogonazo de verdad profunda que dormía en los pliegues de la memoria. La de esa viejecita a la que, por obstinada voluntad, llegan alguna vez los buscadores de esta clase de tesoros. Otras, por la reedición de alguna joya olvidada.

Esto último es lo que ocurre con *Babayaga*, un álbum espléndido con el que Edelvives nos ha zarandeado las fibras más íntimas del más lejano contar. Para los no iniciados, Baba-Yaga es el nombre universal de las brujas de los cuentos populares rusos; un ser diabólico que vive en las profundidades del bosque, en una cabaña que se apoya en cuatro grandes patas de gallina y que puede girar sobre ellas. Allí van los descarriados de toda desdicha, los niños perdidos, abandonados, las niñas que huyen de la madrastra cruel o del padre incestuoso, todas las criaturas, en fin, que buscan inútilmente la redención del bosque, la vuelta feliz a la naturaleza. Pues es allí donde Baba-Yaga los espera para comérselos. Y de allí escaparán milagrosamente, ayudados por unos auxiliares del héroe, de unos objetos mágicos, de un peine que se volverá un bosque de espinas, de una toalla que un río.

Así es el fondo inextricable de los primeros cuentos, una matriz primordial donde laten los motivos básicos de Cenicienta, de Caperucita, de Blancanieves, de Blancaflor... Los lectores españoles conocen a esta bruja proteica desde que en 1923 se editaron en castellano los cuentos populares rusos de Afanasiev. Pero los oidores niños la conocen desde mucho antes. Pues esta malvada del subconsciente colectivo ya dormía en los abstrusos repliegues de la tradición oral campesina, con nombres diversos: Curuja, Coruja, o simplemente Bruja. Por ejemplo, en *Los tres toritos*, un cuento que hasta no hace mucho tiempo se sabían de memoria, de agitada y tenebrosa memoria, todos los niños andaluces. Y que a punto estuvo de perderse también.

Pero el verdadero hallazgo luminoso de esta crónica es *Leyendas y cuentos de encantamiento*, de Juan Ignacio Pérez y Ana María Martínez. Un muy documentado trabajo de recopilación y ordenación de materiales narrativos, tomados de la viva fuente oral de narradores populares del Campo de Gibraltar. Se suma a otros trabajos igualmente meritorios de

estos investigadores privados, como *Cien cuentos populares andaluces*, *Debajo del puente (Adivinanzas tradicionales)*, *Juegos infantiles...* (Dado que se trata de un editor particular, hay que solicitarlos por Internet a asociacionlitoral@hotmail.com). Un trabajo modélico que, lamentablemente, no sale de ninguna de nuestras universidades, y ni siquiera cuenta con ayuda oficial alguna. Pero ahí están, brillando en bruto como el diamante puro, auténticas versiones populares de Juan el Oso, de Blancaflor, del Príncipe Lagarto, de Las tres toronjas... Una introducción igualmente acertada y un prólogo de J. Manuel de Prada Samper, uno de los folcloristas más reputados de la nueva hornada, autor de un inolvidable *La niña que creó las estrellas* (cuentos orales de los bosquimanos xam).

Y una reflexión final, reconfortante, aunque amarga: como quiera que sea, y aunque a trancas y barrancas, este quehacer no muere. Sólo falta que algún día, alguna vez, las instancias oficiales de la cultura se enteren de algo.

UN SURTIDO DE INVIERNO

El espacio mágico de la lectura tiene un centro en el invierno, y el invierno tiene un centro en la Navidad. Y la Navidad lo tiene en la nostalgia y la nostalgia en el fuego del hogar, y el hogar en los cuentos, y los cuentos... Bueno, ya vale. No nos engañemos más de lo preciso. Hermosos tópicos, volutas y chispas del deseo que se pierden chimenea arriba.

El espacio mágico de la lectura, decía, tiene también un discurrir por los trotaderos de la realidad. Un vértice en cada ángulo del triángulo: los autores, las editoriales, las instituciones. Todos parecen, por fin, crecer en esta tierra andaluza de tan poca sementera para la literatura infantil y juvenil. Nuestros autores siguen inspirados, cada uno publicando donde puede. Pero las editoriales plantan, como una delegación de Kalandraka, que pronto nos dará alguna sorpresa. Los poderes públicos, algunos, se rascan el bolsillo. Vamos por parte.

Carmen Gil, nuestra inspirada poetisa de Aracena, acaba de sacar a la palestra dos libros, dos. Uno de brujas requetemalas que quieren comerse a los niños crudos, como es su obligación, en *Cuentos mágicos de brujas* (Timunmas, 2004), metiendo miedo de mentirijillas, precisamente para combatir el miedo en los niños, esa extraña cosa con la que nunca sabemos qué hacer. También, y en formato grandote (dícese album, que es una palabra que yo rehuyo porque no sé cómo se dice en plural, ¿a ustedes no les pasa lo mismo?), ha sacado *Engracia, la princesa sosa*, un escaparate de ripios divertidos -no se crean que es fácil-, a propósito del célebre poema de Rubén Darío “La princesa está triste”, y con un desarrollo muy de cuento popular, donde la tristeza es remediada finalmente con la sorpresa de un amor democrático y nada aristocrático.

En cuanto a las editoriales andaluzas, como les iba diciendo, también espabilan. Aljibe nos acaba de regalar tres bonitos medio ¿álbunes?, de Martina Skala, una checa que se va haciendo famosa por sí misma, después de haber colaborado en diferentes oficios cinematográficos con Roman Polansky, Milos Forman y gentecilla así. Ahora le ha dado por una serie de relatos infantiles basados en la música y que, naturalmente, se llama *Strado & Varius*. Los tiene, como los mantecados de distintos sabores, uno dedicado al nacimiento del gran violín de esa marca; otro a sus relaciones con Mozart, otro a sus andanzas con Juan Sebastián Bach. Todos con un aire cosmopolita y minimalista, que seguro van a divertir a los aprendices de músicas, y a los que no lo son les van a entrar ganas de serlo. Está muy bien.

Y por último, las instituciones esas. Hoy le ponemos peana de brillo y ta-ta-chín a la campaña de animación a la lectura de la Diputación de

Almería, llamado “Plan Lee”, que incluye tropocientos actividades, exposiciones, guías de lectura, encuentros con escritores, recomendaciones, juegos y otras diabluras por el estilo. O sea, un pastón. A ver si otras aprenden. Y conste que esta vez no han recomendado ni un libro mío. (Se van a enterar).

Bromas aparte, anímense a comprar libros, y a regalarlos en este tiempo tan propicio, que no sólo de castañas asadas vive la melancolía. También de buenos libros regalados, que se quedan prendidos en la memoria como las setas del bosque en el humus del castañar, precisamente.

VERSOS PARA DESPERTAR

Casi todas las ideas equivocadas nacen del desamor. Una de ellas, y entre las que más cuesta combatir, es que a los adolescentes de hoy no les interesa la poesía. Prefiero ignorar de qué suerte de desamor nace este infundio. A los adolescentes de hoy, como a los de siempre, les gusta dejarse llevar hacia lo alto por la palabra bien dicha, en la arquitectura flexible del verso, las alas del sentido, la escala de lo sublime..., siempre que no se les obligue a rendir cuentas de ello. Vamos, a examinarse. De todas las materias necesarias a la edad de la sospecha, esa debería estar prohibida: A ver, dígame usted: García Lorca, vida y obra... Pues ya habremos matado, otra vez, a García Lorca.

El profesor de Instituto, el de la ESO, se enfrenta todos los años al terrible dilema: ¿Cómo despertarlos a la poesía sin rigores pedagógicos? También decía Lacan, es cierto, que nada se logra sin dolor. Pero el dolor de la poesía es tan íntimo, que escapa incluso a la pedagogía. Y como nadie conoce la medida del dolor... No existe esa fórmula mágica para enseñar la poesía, aunque sí una mixtura conocida: amor, conocimiento, deseo. El amor que la exalta, el conocimiento que la alimenta, el deseo que la comunica. Cada cual la administre a su manera, si la tiene. Y si no la tiene, mejor que no lo intente.

Dedicamos el mes pasado esta página al contagio de la poesía cuando se es niño. Hoy toca dar un paso más, y más difícil. Pues la hosquedad, la brusquedad de los púberes que nos rodean tratará de confundirnos. No se dejen engañar. Es pura pose. Por dentro, se derriten al más tierno verso de amor.

Mi primer libro de poemas (Anaya, 2004, última reimpresión), lleva reeditándose desde 1997. Buena señal. Contiene una muy selecta colección de tres poetas andaluces: Juan Ramón, Federico, Alberti. Y un prólogo excelente de una enamorada, concedora y comunicadora del verso: la hispano-argentina Ana Pelegrín, que no por casualidad viene a esta aventura desde las certezas que proporciona el folclore. En ese prólogo encontraremos algunas orientaciones nada desdeñables: “Escuchando y leyendo una y otra vez, hasta que queden prendidos en la memoria, los poemas dirán su secreto”. Y para ello ha elegido poemas de la naturaleza; el mar, el río, la luna, el sol, la noche... donde el pre-adolescente fragua sus primeras, inevitables, soledades.

Un pasito más, la misma autora reúne en *Raíz de amor* (Alfaguara, 2003) otro puñado de poemas de distintos autores, con más ambición antológica y muchos hispanoamericanos, a los que casi nunca se llega. En total, 39 contemporáneos y cuatro del Siglo de Oro. Aquí domina el asunto, ese único asunto que parece interesar cuando se asoma uno por primera vez a la ventana del ser solitario que se es: el amor. Quien tenga trato asiduo

con nuestros vigorosos, desmañados y aparentemente enajenados muchachos de la primera aventura del vivir, sabrá hasta qué punto eso les interesa, les sacude, les atrapa. “La más bella edad del corazón”, dice Ana Pelegrín. Como muestra, este poema del colombiano Jairo Aníbal Niño: “Cómo no me vas a querer / si soy un bombero heroico / que acaba de salvar a un gato / al que se le incendiaban / seis de sus siete vidas. / Cómo no me vas a querer / si soy el capitán de la nave / que se posa suavemente / en una América del Sur / de un planeta lejano. / Cómo no me vas a querer / si acabo de ganar / -por amplio margen- / la Vuelta a Colombia en bicicleta / y el Tour de Francia. / Y definitivamente / cómo no me vas a querer / si soy capaz de soñar todos los sueños, / incluso el más lindo de todos: soñar que tú me amas.”

Por último, rendimos homenaje a una colección veterana, la de Ediciones de la Torre, dedicada a difundir la buena nueva de la poesía entre los escolares. Hace algunos años reunió a cinco poetas andaluces -¡cómo no!- en un solo paquete, que, como el rayo, no cesa de editarse. Ahí encontraremos, por ejemplo, a un *Antonio Machado para niños*, donde el poeta recuerda, entre otras cosas, aquel día que conoció “la alegría de dar vueltas / sobre un corcel colorado, / en una noche de fiesta”.

VERSOS PARA JUGAR

Iniciar a los niños en el portento de la poesía, acostumbrarlos al ritmo feliz de las palabras, es algo que debería hacerse con más esmero del que se suele poner en la educación literaria. Eterna asignatura pendiente, ya me dirán, que poco o nada tiene que ver con la gramática o con las historias canónicas de la literatura. Me refiero, claro está, al curriculum ese. Porque en lo que se refiere a la vida espontánea del lenguaje, la humanidad inventó hace mucho tiempo el modo de encender en los alevines el juego del verso y los versos para el juego. Una vez más, lo hizo a través del folclore.

Sin duda empujado por esa convicción, el profesor Pedro Cerrillo – uno de los grandes defensores actuales de la recuperación de las tradiciones orales a través de la escuela- nos alegra cada cierto tiempo con algún nuevo libro que añadir al bagaje de la memoria del corazón. Esta vez se llama, justamente, *Versos para jugar... ¡y actuar!* (Alfaguara, 2004), con muy ocurrentes ilustraciones de Elia Manero. Tal cual si fuéramos recorriendo las etapas “naturales” de ese verbo feliz, se nos propone un repertorio de adivinanzas, trabalenguas y suertes de echar, de modo y manera que pasemos del aprendizaje de la metáfora al ejercicio fonético y a la rifa, a ver quién se queda... pensando en lo felices que éramos cuando aquello de “Una, dola, tela, catola, quina, quinete, estaba la reina en su gabinete, vino Gil y apagó el candil...” (Por cierto, qué harían Gil y la reina con la luz apagada?)

También sigue jugando la sevillana Rosa Díaz, prolífica poeta de todos los palos conocidos, y con un importante bagaje de premios (Jaén, Miguel Hernández, Rafael Morales, Fray Luís de León), que une a su envidiable facilidad para el ritmo y la rima una visión amable del mundo, que es la que debe contagiarse a los niños, en primera instancia. Ahora, en *La cesta de Julieta* (Ajonjolí, Hiperión, 2004), despliega esa mirada imprescindible hacia el reino de las patatas, los calabacines, las zanahorias... , haciendo de los universos sencillos una poesía de la misma apariencia –sólo apariencia-. Miren esta a “La judía verde: Princesa sefardita/, judía conversa, /delgadita y huertana / santa y honesta. /Y en su equipaje, /lleva el grano entrelargo / de los potajes”. Ni que estuviéramos ante una nueva versión de aquellas inolvidables “Odas elementales” de Pablo Neruda.

Por cierto, Susaeta acaba de incorporar (aunque el libro no lleva año de edición ninguno, como sigue siendo la mala costumbre de esta editorial) un *Pablo Neruda para niños* a su colección de la rúbrica enunciada en el título. Una aplicación sin duda abusiva del concepto niño, pues en realidad se trata de un libro para adolescentes. De todos modos, puede ayudar al acercamiento de algunos autores importantes (Juan Ramón, Lorca, Alberti...) a la óptica del niño. En este caso, las ilustraciones de Teo Puebla

–cada día más seguro en el trazo y el color- , ayudan no poco a resolver ese espinoso asunto, que no es otro que el de elegir el momento de anunciarles, a los niños y a los adolescentes, el drama que ha sido la humanidad muchas veces. Así a través de los poemas de la Guerra Civil Española, como ejemplo medular del drama del mundo. En estos tiempos, quizás no sobre. Eso sí, la maestra, el maestro, el padre, la madre, deberán acompañar la lectura y explicar lo que significa la “Oda a la tristeza”, por otro ejemplo. Cuestión de medidas, que diría Machado. Otras veces, en cambio, habrá que permitir que el verso fluya directamente a las sensaciones, desde la imagen y el caudal de la música secreta, anunciadores de experiencias que ya vendrán, como la del amor, que todos los adolescentes barruntan: “Amor, cuando te toco / no solo han recorrido / mis manos tu delicia, / sino ramas y tierra, frutas y agua/ la primavera que amo, / la luna del desierto, / el pecho de la paloma salvaje (...) Aquí, por el contrario, toda didáctica sobra. El verso es tan matérico como la tierra y tan etéreo como el sueño. Ponerle andaderas sería un crimen. Recitarlo en voz alta, aprenderlo, memorizarlo, paladearlo, eso sí.

CUANDO YO DESCUBRÍ LA PÓLVORA

Cuando yo tenía trece años descubrí la pólvora. Bueno, más o menos. Una pandilla de mi colegio habíamos formado una especie de “Sociedad”, así denominada escuetamente, por la que nos comprometíamos a inquirir del mundo sus más variados misterios. Sobre todo, del mundo físico, pues del llamado mundo espiritual ya los curas se encargaban de darnos buenas raciones, entre mamporros y coscorrones. Teníamos, pues, aquellos que formábamos en la pesquisa de la realidad ‘real’, una especie de hambre de conocimientos compensatoria, pues ni que decir tiene que de las llamadas realidades del espíritu no nos fiábamos ni mucho ni poco, amén del hartazgo. Uno de los miembros de aquella fraterna empresa vivía en una casa descomunal, con varios corrales y graneros, desvanes, cocheras y cuadras, atiborrados de trastos y pertrechos de lo más suculento para nosotros. Entre aquellas maravillas de otros tiempos figuraban varias armas de fuego, más o menos de la época de José María el Tempranillo. Por aquellos años, no sé cómo, vinimos a descubrir la composición de la pólvora, y ni cortos ni perezosos nos pusimos a verificarla. El carbón lo obtuvimos fácilmente, con sólo machacar un poco del que se usaba para la copa, léase brasero. El azufre tampoco nos dio mayores problemas, pues en aquel maremágnun de cosas hallamos una cuantas pajuelas, barras de azufre que se quemaban para ahuyentar a las abejas cuando se procedía a ‘castrar’, o sea, a sacar la miel de las colmenas, una vez al año. Lo malo fue el clorato potásico, que sólo se podía adquirir en las farmacias. Aparte de buscar el dinero necesario (tarea de lo más ímprobo en aquellos años, estoy hablando de los 50), no había que levantar sospechas. Así que nos distribuimos por las farmacias de todo el pueblo, cada cual con lo que había podido rapiñar y con la misma cantinela: llagas en la boca, que era para lo que se usaba el ClO_3K . A punto estuvimos de provocar una alarma sanitaria, todavía peor que la que queríamos evitar. El hecho fue que cuando ya tuvimos la pólvora fabricada -o lo que fuera-, atascamos con ella un viejo pistolón de dos cañones, bien baqueteados con otras municiones a granel. A cierta distancia –menos mal-, lo disparamos y cuál no sería la explosión, que los dos cañones reventaron por la mitad, se rompieron varias garrafas de aguardiente que por allí había y todo el vecindario acudió a ver qué pasaba. Excuso explicarles la que nos cayó encima.

Quero decir, que el hambre de conocimiento que tan natural es en los niños y en los adolescentes (y la tabarra que dan: “Papá, ¿por qué la yerba es verde?, ¿por qué flota un barco si es de hierro?...”), bueno es encauzarla a su debido tiempo y con los materiales adecuados. Ahora que los muchachos vuelven de una vacaciones (más o menos aburridas, como de costumbre), no estará de más irles poniendo en el trayecto de la ciencia con libros que les calmen el apetito.

Como muestras de un variado repertorio, aquí les presento “Las travesuras de la química”, de la Colección Experimentos, de SM. También Everest lleva adelante una “Biblioteca de los experimentos”, que en su número 3 aborda los que tienen relación con la ecología, estupendo para iniciar en los peligros de la cadena alimenticia, los fertilizantes, la caza furtiva, etcétera. En cuanto a VOX, introduce a los más pequeños en el mundo de la experiencia sensible, con otra colección divertida titulada “Tu primer VOX de ciencia”. Hay muchos más de esta índole. Así que aprovechen, antes de que sea tarde y sus hijos tengan que descubrir la pólvora por sí mismos. Que no está mal como experiencia vital, sólo que un tanto arriesgada.

PASANDO REVISTA

En diciembre pasado, la revista CLIJ (*Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil*) cumplió quince años. Bonita edad. Si fuera niño, le daríamos la llave de la casa para que volviera del bosque de la vida cuando quisiera. Si fuera niña, también.

Quienes hemos seguido desde el principio los avatares de esta publicación, heroica donde las haya, nos sentimos un poco como amigos el día de ese cumpleaños. Pues algo nos llega del resplandor de esas velas temblonas de los nervios, la mente se nos va a las nubes con los quince penachos azules, y el corazón se nos aprieta alrededor de una tarta feliz.

Hoy mejor será que dejemos hablar a la Caperucita Roja de esta aventura, Victoria Fernández, que a punto estuvo de sucumbir varias veces en las fauces del lobo felón, el lobo del dinero, el de los resultados inmediatos, de los que querían seducirla con un ramillete de flores en una mano y la tijera en la otra. No lo consiguieron. Dice ella: “Llegamos a los 15 años. No es quizás una dedicación “vistosa”. Es más: hay quien dice que los que estamos en esto de la literatura infantil somos prácticamente invisibles. Pero la “vistosidad” no ha estado nunca entre los objetivos de esta revista, nacida para defender la dignidad de la LIJ.”

La independencia, sí que estuvo. La calidad, también. Más de 2.500 artículos en ese tiempo; más de 6.500 reseñas de libros. Se dice pronto. Enhorabuena.

La ocasión de este cumpleaños nos permite rendir homenaje a otras publicaciones similares, aunque no hay muchas. (Y es una contradicción brutal, pues la literatura infantil viene publicando más de siete mil títulos anuales y alcanza más del 11% del total de títulos editados en España; y como las tiradas superan a la media de otras ediciones, pone en circulación del orden de 26 millones de libros cada año. Una sólida industria que no se merece el poco aprecio social en que se le tiene).

Por ser otro clásico del subsector, nos fijaremos también en *Lazarillo*, la revista de la Asociación de Amigos del Libro Infantil y Juvenil, que ha pasado ya por dos épocas y distintos formatos y equipos, pero siempre al servicio de la calidad, la objetividad y la independencia, dentro de un registro más académico, donde abundan las monografías y los pequeños ensayos. Actualmente la dirige Alicia Muñoz Álvarez, que ha sabido darle un nuevo impulso.

Y de lo clásico a lo moderno. La revista digital S.O.L (Servicio de Orientación Lectora, dirección www.sol-e.com), dependiente de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, superó en mayo pasado el primer año de vida con cifras realmente espectaculares. Más de 652.000 usuarios y trece millones de visitas. Organizada en tres secciones (recomendación de

libros hasta los 18 años; consejos a las familias; banco de recursos para profesionales), se ha constituido en algo más que todo eso: un espacio de comunicación que se hace cada día más necesario para navegar con soltura por ese inmenso mar de datos, de alusiones, de sugerencias. La propia fundación edita también una revista impresa, titulada así, *Fundación*, que va por su IV año.

Con el propósito más específico de ponernos al día en novedades, contamos cada semestre con *Noticias de llibres*, de Barcelona, editada por Pep Durán, un librero encantador de serpientes, quiero decir, animador de lecturas y de espacios maravillosos alrededor del libro infantil.

Todas estas publicaciones son verdaderos estímulos para esta Cenicienta, la Literatura Infantil y Juvenil, que el día menos pensado encontrará la horma de su zapato, ya lo verán.

UN BURRO CON ALMA DE POETA

Ya sé que no soy tan célebre, ni tan filósofo, como aquel Benjamín, el burro de *Rebelión en la granja*, que un día descubrió, aterrorizado, que “todos los animales son iguales, pero algunos son más iguales que otros”. No, yo soy bastante más humilde, como burro de pueblo andaluz. Pero a mi manera soy también bastante conocido. Sobre todo este año, en que les ha dado por celebrarme infantilmente, con motivo de no sé cuántos años que a mi creador le dieron el Premio Nobel, qué bárbaro. Y eso que él dijo que el libro donde me metía no era para niños. Pero ya que se empeñan, trataré al menos de revelarles cómo fue, cómo es, la cosa por dentro.

¡Qué atrevimiento el de este Juan Ramón! No una gacela, un alcaraván, una golondrina tal vez. ¡Un burro! Un brutote como yo, por más que él quiera suavizarme: “Platero es peludo, suave, tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos [...] Es tierno y mimoso, igual que un niño, que una niña”.

Aquí está la clave. Siempre niños. Los hay por todas partes en estas páginas que no me hartan de corretear. Empezando porque el poeta me trata como si fuera uno de ellos. Se imagina que me canso de llevarlo, y va y se baja. Y que juego con sus propios sueños infantiles, como los de los niños pobres, “a asustarse, fingiéndose mendigos. Uno se echa un saco por la cabeza, otro dice que no ve, otro se hace el cojo... Uno dice que su padre tiene un reloj de plata, otro que un caballo, otro que una escopeta...” Tanta confianza tiene en los niños, que a veces me deja ir con ellos al arroyo de los chopos. De allí me traen trotando, “todo cargado de flores amarillas”. En carnaval, se disfrazan “vistosamente de toreros, de payasos”, y a mí me ponen “un aparejo moruno, todo bordado, en rojo, verde y blanco”. Otras veces “los niños cogen el sol en un pedacito de espejo”.

Pero no todo ni siempre es hermoso. Hay perros enfermos y hombres que les dan caza; tormentas, incendios, y canarios que dejan de cantar para irse al paraíso de los pájaros. También a mí me ronda el peligro. Un día empiezo a cojear. Juan Ramón se echa al suelo, me examina. “Una púa larga y verde, de naranjo sano, está clavada como un redondo puñalito de esmeralda”. La quita y me lleva al arroyo de los lirios, a lavarme la herida. Otro día un potro me responde con una coz, a un simple roce de mi hocico. Mi amigo me curará también la vena rota.

Pero más me estremecen otras cosas, y no sé cómo explicarlas. Cosas que él escribe y que me hacen pensar que si yo fuera poeta me volvería loco. “Por el pozo se escapa el alma a lo hondo. Se ve por él como el otro lado del crepúsculo. Y parece que va a salir de su boca el gigante de la noche...” O cuando escribe de los gorriones: “contentos, sin fatales obligaciones, sin más moral que la suya ni más dios que lo azul, son mis

hermanos”. O exclama, cuando llueve: “Dios está en su palacio de cristal”. Me sobrecogen tanto estas cosas, que estoy deseando regresar al establo, antes de que se me claven en el alma, como otros puñalitos de esmeralda, que ya nadie me sabría quitar. O cuando “la tarde se prolonga más allá de sí misma y la hora, contagiada de eternidad, es infinita, pacífica, insondable...” Y el poeta, como si tal cosa, va y me dice:
-Anda, Platero...

EL GATO CON BOTAS

(El primer agente de publicidad)

Es curioso que la literatura gatuna roza casi siempre lo misterioso, lo siniestro, o lo muy complicado. No hay más que leer *El gato negro*, de Edgar Allan Poe. Tal vez proceda ese fenómeno de la propia condición de estos animales, a los que todo el mundo sabe que conviene tener contentos. Incluso hay quien dice que está por ver que un perro muerda a su amo, pero que un gato no lo haya arañado alguna vez. El hecho es que hay muy pocos gatos amables en el universo de la literatura. Puede que se deba también a que el modelo creado por Charles Perrault, en *El gato con botas*, sea tan perfecto, que no dejó sitio para otros gatos literarios. Veamos.

De modo y manera que al imponente señor Perrault, Académico de la Lengua Francesa, Inspector General de Obras de Luis XIV, el Rey Sol, le dio por escribir a hurtadillas unos cuentos para niños, tomados, más o menos, de la tradición oral. No era el primero, ni sería el último, de los que dedican su tiempo a tarea tan poco elevada. Tal vez por eso no se atrevió a reconocerlo abiertamente, y algunos de los cuentos que escribiera los hizo pasar por ocurrencias de su hijo Pierre. Especialmente quería disimular ser el autor de los redactados en prosa (¡la vil prosa!), como por ejemplo *El gato con botas*. Y aquí empieza el mayor de los enigmas.

Por alguna razón que se nos escapa, un clásico humanista se dedicó en los ratos libres a combatir el clasicismo y a burlarse de los seres humanos, precisamente. Y para ello se valió de un morrongo. Lo calzó con unas botas como las de Los tres Mosqueteros, , y con este único realce lo echó a pregonar por el mundo las cualidades inexistentes de su amo, el hijo de un molinero, a la sazón más pobre que las ratas. El de las botas se procuró un saco, cogió una acelgas y unos cuantos granos de trigo que aún quedaban por el suelo, y a continuación se puso a cazar conejos y perdices.

Se fue presentando en el palacio del Rey, en sucesivas ocasiones, diciendo que su amo, al que bautizó con el pomposo nombre “El Marqués de Carabás”, se sentía muy honrado de hacerle aquellos humildes obsequios, procedentes de sus huertas, de sus sembrados y del producto de unas cacerías por sus interminables dominios. Luego sobornó a unos guadañeros y a unos pastores para que proclamaran, al paso del rey, que aquellas tierras pertenecían al susodicho Marqués de Carabás. Finalmente, se coló por una gatera en el castillo del Ogro y, estimulando su vanidad, le hizo convertirse, primero en un fiero león, y seguidamente en un indefenso ratón. En este último estado se lo zampó sin más y, en nombre de su supuesto amo, tomó posesión del castillo.

Al pobre hijo del molinero, que no salía de su asombro, le conminó a bañarse en el río -cosa que no hacía más que por accidente-, y cuando

pasaba por allí el monarca en su carroza, con su linda hija la Princesa, les salió al paso pidiendo ayuda para el Marqués de Carabás, a quien unos bandidos –dijo- habían birlado la ropa y luego tirado al río. Naturalmente, el rey le prestó su soberana protección y, de propina, le entregó la mano de su hija, que debía ser casi tan tonta como él.

Igual que seguramente a ustedes, a mí no deja de sorprenderme que una historia así, donde todos los humanos, sin excepción, son cándidos colaboradores de un gato inteligente, haya traspasado la barrera de los siglos y haya hecho a su autor-adaptador más célebre que a Bossuet, Pascal, La Fontaine, Molière y aun que al mismísimo Descartes, con su duda metódica. Si alguien tiene la menor idea de por qué, por favor, comuníquemelo. Gracias.

ESE ARTE DE CONTAR

Yo, Simbad, antes de convertirme en marino, fui comerciante en la antigua ciudad de Bagdad. Pero, como era más dado a la buena vida que a la buena administración, malgasté la fortuna heredada de mis mayores. Y fue pensando precisamente en recuperarla, como me hice a la vela y navegué por los siete mares. Naufragué tantas veces, por contarlo de un modo abreviado, que llegué a ser un auténtico experto en agarrarme a cualquier cosa, con tal de salvar el pellejo.

En cierta ocasión, para poder salir de una isla desierta a la que me habían arrojado las olas, y en la que me iba muriendo de hambre, me até con mi turbante a la pata de un pájaro enorme, tras pillarlo desprevenido en su nidal, incubando como estaba, muy relajadamente, un huevo gigantesco. Así, cuando echó a volar, en busca de alimentos, pude llegar a otra isla que sí estaba habitada, y desatarme. En otra aventura, me serví de un águila para atrapar los diamantes que había en el fondo de un valle, rodeado de altísimas montañas. Primero arrojé unos buenos trozos de carne, a los que se pegaron las preciosas gemas, y cuando el animal descendió para atraparlos, y luego ascendió, trajo consigo aquellos codiciados pedruscos. Así fue como empecé a recomponer mi hacienda.

En otras mil peripecias me vi envuelto, de las que no podría hacer ni siquiera un somero resumen. Ni ello serviría para lo principal de toda vida aventurera: averiguar por qué. Qué es lo que hay, debajo de todos los pretextos, para que un hombre decida arriesgarse tanto. Cuál es la verdadera razón, más allá de ir de un lado para otro, en pos de nuevos perfumes, maderas exóticas, sándalo, pimienta, jengibre..., y teniendo que escapar de tan tremendos peligros como fueron antropófagos, piratas, serpientes de las más variadas cataduras, enemigos, en fin, innumerables. En mi caso, y a fuerza de pensar en ello, descubrí que incluso el haber dilapidado la fortuna de mis padres fue en realidad para no poder hacer otra cosa que entregarme a aquella vida de riesgo, donde la muerte acecha a cada instante. Tal vez sea esto: volver a probar el sabor de la vida, después de cada escapatoria. Pero la verdad es que me parece demasiado filosófico.

Tal vez sea más sencillo. ¿Se tratará de ir adquiriendo, poco a poco, el arte de contar? Lo prefiero. Prefiero ese bálsamo curioso, de cuya existencia no he sabido hasta regresar a Bagdad y hacerme viejo, que sirve para comunicarle a cualquiera qué fue lo que pasó, mientras se saborea una taza de te, mirando por la ventana una tarde lluviosa. Y disfrutar de la profunda nostalgia, con el recuerdo de las cosas que merecen ser contadas, y que dejan a todas las demás como si no hubieran existido. Lo raro de este principio –ahora que lo pienso– es que resulta reversible. A saber, que muchas cosas que parecen insignificantes, o que lo son, adquieren carta de

naturaleza porque alguien logra contarlas bien. Que es el arte de contar lo que constituye el mundo. Y si esto no os convence, solo tenéis que leer la historia de *Simbad el marino*.

HOMBRE MONTAÑA, HOMBRE RATÓN

Al atardecer neblinoso de un 20 de junio de 1702, zarpé de Bristol en el buque *Aventure*, rumbo a los Mares del Sur. Reconozco que me encantaba mi nueva condición, la de Señor Gulliver, oficial médico de Su Majestad, , viajero incansable y observador de costumbres exóticas. Pero la verdad es que no iba muy seguro de haber recobrado el juicio por completo, tras mi anterior viaje a Lilibut, el país de los grandes enanos, por decirlo de alguna manera. Como tampoco de haber recuperado mi reputación, después que nadie creyera las cosas que allí vi. Y no ya las más anecdóticas, como que en cierta ocasión hube de apagar un incendio con mi orina, sino en particular las de naturaleza política. Así, aquella diferencia de criterio entre dos reinos vecinos, acerca de si los huevos cocidos deben romperse por el extremo más ancho o por el otro, lo cual había dado origen a dos partidos políticos, absolutamente irreconciliables, como es natural. ¡Y que en Inglaterra nadie pudiera dar crédito a tal cosa!

De modo que viajaba esta segunda vez con la congoja del incomprendido, apoyado en la borda del *Aventure*, temiendo que alguna otra ventura, más increíble aún, pudiera sucederme. No tardaría mucho en verificarlo. Un nuevo naufragio me arrojó a los acantilados de Brobdignac, que resultó ser el país de los supergigantes, por decirlo también de alguna manera. Háganse a la idea con que los niños, recién andaban, ya eran del tamaño de la Giralda. Un águila, de proporciones compatibles con las de aquel reino, me vio desde muy alto cuando me internaba por los campos de heno (¡curioso ratón!, seguro que pensó), y ya se disponía arrojarse sobre mí, cuando un agricultor se le adelantó y me tomó en sus enormes manazas. Pero mi verdadera protectora resultó ser su hija, una niña de nueve años, que respondía al sencillísimo nombre de Glumdalclitch. Tomándome bajo su tutela, me libró de perros y gatos descomunales.

Os haré gracia de otras muchas aventuras y grandes peligros que corrí entonces, pues tampoco quiero privaros del placer de leer por vosotros mismos el relato detallado que mal pude escribir años después, en la cárcel. Y porque lo importante de estas experiencias es llegar al meollo de la cuestión. En mi caso, a cuál acabó siendo mi verdadero problema. Y es que si nadie me había creído las andanzas de Lilibut, cómo podría convencer a mis compatriotas de que también en Brobdignac, como en cualquier parte, los problemas políticos fundamentales eran básicamente los mismos, si bien llenan de asombro a quien los ve desde fuera. Por ejemplo, el emperador de aquel reino, mientras se desayunaba en platos de ocho metros de diámetro, tenía que suspender su gran manduca para no atragantarse de risa cuando yo le contaba que, en Inglaterra, la justicia tardaba meses en decidir si una cosa estaba bien o mal. O que los gastos públicos doblaban a

los ingresos. O que los políticos corruptos nunca eran castigados... ¡Cómo hacer creer tal cosa a los británicos, o a cualesquiera otros de los llamados países civilizados! Y aún me quedaban por vivir otras dos aventuras, a cual más tremenda. ¡Pobre de mí, pobre Gulliver!

PINOCHO EN EL PAÍS DE LOS TONTOS

Cuando hago recuento de la vida de esta pobre marioneta, me entran ganas de llorar, a mí también. Yo, la gran paloma, que he venido observando desde el aire toda su ajetreada existencia, no dejo de hacerme preguntas. Para empezar, no entiendo por qué los humanos prestan credibilidad a que un muñeco de madera, de tosca madera, por cierto, que estaba destinada al fuego, emprenda el camino de su rebeldía, como cualquier niño que no acepta el horizonte de miserias que se le pone por delante. Empezando por no admitir que su “padre” sea un viejo carpintero más pobre que las ratas. Siguiendo por que no le gusten los zapatos de corcho y el sombrero de miga de pan con que lo han ataviado para hacer reír en un teatrillo. O que huya de la escuela como del diablo. O que se deje engatusar por una pareja de pícaros, una zorra y un gato trotamundos; ya saben, las malas compañías. Que tenga que mentir cuando siente que quieren quitarle las cuatro monedas de oro que le quedan, con lo que le crece la nariz. ¿Se dan cuenta? ¡Es el único niño del mundo que no puede decir mentiras sin que se le note! Pues por todo ello, y muchas cosas más, está a punto de morir ahorcado. Y que encima digan: “Va a matar a disgustos a su pobre padre”.

Seguro que cuando el escritor florentino Carlo Collodi inició esta serie de peripecias, en pleno siglo XIX, no tenía mucha idea de lo que se proponía. Más bien se dejó llevar por la literatura lacrimógena de la época – de donde, por cierto, procede muy buena parte de lo que hoy se considera literatura infantil-, en la que era obligado presentar un caso de huerfanito en un mundo cruel, con su rebeldía domesticada a base de lágrimas y azares peligrosos. Sé que yo también soy un poco cruel al hacer este resumen, pero no sé decirlo de otra manera.

Y os cuento. Cuando ya Pinocho se encontraba prácticamente derrotado, llorando ante la tumba de la Hermosa Niña de los Cabellos Azules –una especie de hada madrina que representa el ambiguo papel de madre-hermana-novia de Pinocho, ahí es nada-, no pude resistirme más. Bajé planeando en torno a su corazón dolorido y me posé a su lado. Exagerando un poco, dice Collodi que yo era “más grande que un pavo”. Dejémoslo estar. Leo entonces, con horror, el texto del epitafio: “Aquí yace la niña de cabellos color añil, muerta de dolor, por haber sido abandonada de su tierno hermanito, Pinocho”. Veo correr las lágrimas del pobre muñeco –que, por otro cierto, son de resina pegajosa, como es natural-, y decido que es el momento de comunicarle que su padre, el sin par Geppetto, lo anda buscando por todas partes y que, si él quiere, puedo llevarlo adonde está. Es el momento crucial de esta tortuosa narración. ¿Pero qué esperaba yo que dijera? ¿Que no? ¿Qué quería terminar su reserva de resina allí mismo y luego dedicarse a ser libre? ¡Qué tonta soy!

Tonta y más que tonta en el país de los tontos (el mismo en el quisieron hacerle creer a Pinocho, como que si en él se sembraban monedas, crecería un árbol de oro).

Enseguida sentí sus ásperas piernas de madera a horcajadas sobre mi blanco cuello, y el miedo y el vértigo que, por primera vez en esta insólita ficción, tienen a su héroe muy turbado. Como que ya sabe que se dispone a convertirse en un niño de verdad, tras reconocer sus faltas y volver a la escuela. El caso es que aguanta sobre mí, hasta llegar a la playa donde poco antes he sorprendido a Geppetto, desesperado de no encontrar a su “hijo”. Tanto, que, no pudiendo resistir más la espera, se ha lanzado al mar (“chantaje emocional” le llamamos hoy a eso), donde se lo ha tragado un tiburón gigantesco, a cuyo interior iré a buscarlo Pinocho. Esto es, remontando el camino intrauterino que todos ansiamos en el fondo de nuestra alma.